

Crónicas de Lima

RECUERDOS DEL CENTENARIO DE AYACUCHO (1924)

DEL DR. JOSÉ M. SAAVEDRA GALINDO

Representante del Senado en los festejos, y delegado por Concurso del Gobierno de Colombia al Tercer Congreso Científico Panamericano de Lima.



CALI—COLOMBIA—1925

IMPRESA DE RELATOR

Al Sr. Sr.

Enrique Otero D'Costa.
Su amigo y admirador
te,

El Autor

Bole-3-23



José Manuel Saavedra Galindo

M 502 P 9 8

57

Crónicas de Lima

RECUERDOS DEL CENTENARIO DE AYACUCHO (1924)

DEL DR. JOSÉ M. SAAVEDRA GALINDO

Representante del Senado en los festejos, y delegado por Concurso del Gobierno de Colombia al Tercer Congreso Científico Panamericano de Lima.

CALI—COLOMBIA—1925

LAS AVES HUANERAS

La palabra GUANO la dan los lingüistas como originaria de la voz peruana HUANO, y sirve para designar una palma baja de la América Austral. Pero más generalmente es conocida para nombrar la deyección de las aves, que se emplea como valioso abono, y que se encuentra en la Costa del Pacífico y en el sudoeste del África. Es de color amarillo oscuro, y contiene sales amoniacales, procedentes, sin duda, de las materias marítimas de que el ave se alimenta y que ella transforma misteriosamente en el rico abono para la agricultura.

La palabra debiera ser HUANO, puesto que esa es la voz del americanismo originario, y Cuervo aconseja conservarles a los vocablos el acento y la composición de su origen, hasta donde sea posible, al pasarlos de uno a otro idioma, o al cambiarles de acepción. Pero los hablistas, no sé por qué, sólo escriben HUANO, para referirlo al GUANO con las significaciones expresadas.

El ave huanera tiene la apariencia de un cuervo. Pero es más pequeña que éste y que el pato marino. Oscura por encima, tiene un leve plumaje claro abajo, que distingue su vuelo a la distancia. Es un ave silenciosa, que apenas deja oír, como las gaviotas, un leve chillido en el momento en que sus compañeras le disputan la pesca.

La presencia de las aves huaneras indica a los viajeros la cercanía de las costas del Perú. Por su número incontable, dan la idea del infinito matemático, de las cifras astronómicas. Una nube de langostas, de esas que oscurecen el sol, da la noción clara de la cantidad de estas aves. Marchan en filas longitudinales, tan extensas, que, literalmente, se pierden de vista, aún con el auxilio del antejo, en el horizonte ilimitado del mar. Marchan a tan poca altura del agua, que casi la tocan. Y a veces la rozan con los pies y con las alas, formando

entonces una blanquísima estela de espumas marinas, que contrasta a los lejos con la negrura del plumaje, filmando en el mar una cinta movable, mitad negro y mitad blanco. Es esto de un espejismo maravilloso.

Lo más curioso en el vuelo de estas aves, es el orden. Van formando siempre figuras geométricas, de caprichoso giro, y siempre a base de la línea recta horizontal: triángulos, ángulos, cuerdas, trapecios, semicírculos, que se abren y se cierran, que aparecen y desaparecen, como trazados y borrados sucesivamente, por una mano maestra invisible, sobre el tablero azogado del mar.

Varias veces pensé yo, desde las barandas del vapor "Mantaro", que me llevó al Perú, en los ejércitos de Jerjes de la historia de Grecia narrada por Heródoto; en la genial imaginación geométrica de Euclides; en la paleta de Rubens; en el pueblo israelita atravesando el desierto, ante el cuadro del viaje de aquellas aves al través de las costas peruanas. Y pensé que sólo el mar—el mar infinito,—podía suministrar el alimento diario a esos millares de miles de seres, para los cuales el mercado de una ciudad densa, sería un ligero aperitivo.

Las islas ribereñas y los altos peñascos de la costa, son sus dormitorios. Pescan en el día, y van a aquellos sitios a dormir en la noche. Y allí depositan sus deyecciones, que son el famoso GUANO o huanero de la agricultura, en capas hasta de 20 metros de espesor, que es una riqueza fabulosa del Perú, cuyo gobierno lo exporta y obtiene una pingüe e inagotable renta.

Naturalmente, la caza de esas aves es prohibida con graves penas en el Perú. Las aves huaneras son RES SACRA. La riqueza de sus intestinos, las libra de la persecución del hombre, como debiera librarse en Colombia la garza, por la belleza y riqueza de sus plumas.

Al paso de las aves huaneras va quedando un reguero de plumas desprendidas en el vuelo, que el oleaje

del mar queda meciendo y dispersando, por largo rato, como en el campo riega el viento las de las palomas torcaces, que despluman las aves de rapiña en los sitios solitarios.

Las islas y peñascos cubiertos por la capa del huano, semejan calvas enormes de color claro, como caliginoso.

Sin duda con la riqueza de estas aves, le compensa la naturaleza al Perú la aridez espantosa de sus costas. En más de 100 leguas, de Tumbes, puerto divisorio, límite con el Perú, hasta el Callao, pasando por Paita, Pimentel, Salaverry, Eten, Chimbote y Pacasmayo, no sólo no se ve una planta, sino que se halla la ausencia absoluta del color verde, si se exceptúa, por sus reguíos, el sector de la histórica ciudad de Trujillo, capital de la Provincia de la Libertad, en donde hay ingenios de azúcar, apreciados hasta en 20 millones de soles, como el del filántropo millonario, Larco Herrera.

Aquellas costas son arenales inmensos, verdaderos Saharas marítimos, "montes sinahíticos", como los llamó Valencia, en donde los ojos buscan inútilmente la flora de la tierra. Allí los vientos huracanados hacen frecuentemente variar de figura los montículos de arena. En uno de estos grandes arenales de la costa del Guayas en el Ecuador, llamado Guachi, similar a estos del Perú, fue donde sufrió su gran revés el Mariscal Sucre, que de súbito se vio envuelto con su ejército, en pleno combate, por un alud de arena menuda que cegó los soldados, y fueron sorprendidos así por los realistas.

En el puerto de Paita, cuya bahía goza de tener las aguas de mar más saturadas, existe la casa donde murió doña Manuelita Sáenz. Allí vive aún una viejecita abijada y protegida de ésta, que refiere que el archivo íntegro de doña Manuela, en donde estaba la correspondencia amorosa de Bolívar con ella, un tesoro de la historia, lo quemó el gobierno en una época de epide-

mia de la peste bubónica, que ha flagelado aquellas costas.

En ninguno de esos puertos existe muelle en forma. Casi en ninguno hay bahías que resguarden los barcos de la furia del mar, que en algunos de ellos, como en Eten, es temible. Los barcos quedan a veces hasta a dos millas de la costa, de la cual mandan botes de gasolina y de remos, y balandras, para dejar y recibir los pasajeros, que en ciertos sitios en la hora de la marea brava, tienen que desembarcar en barriles.

En el Callao, hay pequeños muelles, y uno nuevo de cemento, llamado de guerra, reservado al gobierno, por donde recibieron las Embajadas para las fiestas del centenario. Pero los buques no alcanzan a arribar a ellos. Se llega en botes especiales.

El Callao, es el puerto principal del Perú. Ciudad simpática, de gran movimiento comercial y marítimo. Unida a Lima por ferrocarril, tranvía eléctrico y hoy por la famosa carretera cementada que ha hecho el Presidente Legula. Hay 15 kilómetros del Callao a Lima. Esta carretera, es algo admirable. Así debió ser la romana, la de la vía Apia.

Frente al Callao, está, como un adusto centinela, la isla de San Lorenzo, a donde dicen que confinan a los presos políticos. En la costa peruana, como en Lima, no llueve nunca. Se preparan las nubes negras, y no cae una gota. Apenas en el invierno, porque en el Perú hay estaciones atenuadas, cae la GARUA, especie de sereno, o menuda llovizna. Esta sequedad misteriosa, la explican algunos por la corriente de los vientos alizos, que no permite allí que el vapor de agua se convierta en lluvia. Esa es la causa de aquella aridez eterna de la costa peruana, de aquellos grises y tristes arenales, como de piedra pómez, sobre los cuales posan los millares de aves huaneras, como una lluvia de plumajes, que reemplazara la lluvia fecundante del cielo...

II

LIMA

Lima, la histórica sede de los Virreyes, litoral y mediterránea a la vez, por su corta distancia del mar, es una ciudad de aristocracia y de placer. Lima, en síntesis, me dió a mí la sensación de una pipa de opio que se fumara en un rico diván oriental.

Indudablemente, los hijos preferidos por la España colonial, fueron el Perú y Méjico. Colombia, como Venezuela, el Ecuador y Centro América, ocuparon para ella un lugar secundario. Basta ver lo que la Colonia dejó en Lima. Palacios de una suntuosidad imperial, como el de Pizarro, en la Plaza de Armas, que es la principal, donde reside el Gobierno; el de los Marqueses de Torre Tagle, de estilo morisco, donde se ven los puros azulejos Jeneralife, actual residencia de la Generalife, actual residencia de la Cancillería del Rimac; el de la Inquisición, cuyos cielos son maravillosos calados de cedro, donde se reúne el Senado, y en donde se ve todavía el hueco de la puerta secreta, por donde el sombrío fiscal inquisitorial acusaba sin ser visto a la víctima. Y los famosos templos, que son innumerables, llenos de bellezas artísticas, como la catedral, en la Plaza de Armas, en donde se ve yacente en un altar lateral la momia de Pizarro, el Conquistador del Perú, que muestra en el cuello la señal de la herida de la daga que lo mató; y como el templo y el convento de San Francisco, que muestran en sus zócalos el clásico mosaico de los azulejos y los calados de cedro, en el coro, de más de 400 años de antigüedad, y en los cuales no se halla una sola figura repetida.

Esto, a más de la nobleza auténtica con que España pobló a Lima, que le dió ese sello señorial, que aún conserva, y que constituyó el predominio de familias de abolengo, aún en la República que hoy han caído por el fuerte Gobierno popular de Leguía, que ha orgaizado

la nación a base del merecimiento democrático, por lo cual sus enemigos vienen de la vieja casta desplazada del dominio público. Pero que da ella predominando aún en la esfera social. Las mansiones y las fiestas sociales de Lima, tienen la fisonomía de las aristocracias raciales, y se encuentra todavía en ellas la huella clara de las cortes reales; pues las clases media y popular, están siempre separadas de las elevadas. El mismo gobierno popular de Leguía se da el tono de las cortes imperiales de Europa, pero con un personal seleccionado, que viene ya de la clase popular, al estilo de lo que hizo el Rey de Inglaterra con Lord de Israel.

La diferencia entre la clásica aristocracia de Lima, y la que rodea hoy al Gobierno, se ve bien, asistiendo a las recepciones de éste y a una fiesta social del Club Nacional, v. g. A este centro asiste sólo la antigua ELITE intransigente; a las otras va la sociedad de la urbe contemporánea.

La Embajada de Colombia fue agazajada por todas las clases sociales. Pero la familia Curletti, de la más alta aristocracia limeña, le dió al personal íntegro de la Embajada colombiana, un suntuoso y especial recibo, en su rica mansión de la plaza del Teatro Municipal, con un derroche de gentileza y generosidad, que no deja olvidar la SOIREE de aquella fiesta, a la cual asistieron otras familias notables y personajes oficiales, como el doctor Ricardo E. Dulanto, Diputado por el Callao. El jefe de la casa, el señor Curletti, que vive como un príncipe, es un gentil hombre. Ha sido Ministro en el Gobierno Ejecutivo del Perú.

Lima queda al nivel del mar, o poco más. Tiene al rededor de 300.000 habitantes, contando los balnearios, a los cuales está unida por el tranvía eléctrico. Los principales balnearios marítimos, son hoy Chorrillos, La Magdalena y Barranco. El área urbana es bastante más grande que la de Bogotá, y no es fácil dominarla al principio, porque las vías públicas no tienen

la fácil división de calles y carreteras, sino que llevan nombres propios, v. g.: el Girón de la Unión, que es la calle principal, que une la Plaza de San Martín con la de Armas. Allí está el comercio. Y así las demás: Calle de Santa Teresa, donde está actualmente la señorial mansión de la Legación de Colombia; Calle de La Magdalena, donde alojaron al Embajador de Colombia, etc. Como el París antiguo, o como el barrio viejo de Nueva York, llamado allí Down Town.

Las calles de Lima son muy estrechas. Y en ellas circulan cerca de 6.000 automóviles, tan diestramente manejados, que a pesar de las frecuentes congestiones del tráfico, no supe de accidente alguno.

La locomoción en Lima es quizá lo único de precio razonable, y más bien bajo. Una carrera en auto móvil, vale un sol (\$ 0,50 en Colombia, aproximadamente). El tranvía, cinco y diez centavos de sol, según la clase de carro; y los tranvías que van al mar, valen veinte centavos de sol.

Todos los demás precios son algo exorbitante. Hoteles, comercio, industrias, servicios, artes y mano de obra. Se van en un momento las libras peruanas, que son billetes de diez soles. Hay billetes de medias libras. Porque el sol y sus fracciones, son monedas de plata feble, casi moneda de vellón.

La vida en Lima es muy cara. Pero los habitantes ganan en proporción a su costo. Y no se crea que fue fenómeno del Centenario. Es lo permanente. Es una ciudad próspera, en estado de transición. Por eso se mueve la riqueza. Le guía la está transformando en ciudad moderna.

La gente de Lima es toda muy culta. El pueblo es educado y respetuoso. Las clases elevadas son refinadamente cultas, y tratan siempre de agradar al extranjero. La gente no se embriaga. No se sirven siquiera licores, sobre todo en reuniones con señoras. Admirable y ejemplar constancia.

La Avenida Leguía es hoy la más bella y valiosa de la ciudad.

De doble vía, bordada de jardines laterales y sombreada por arbustos. Esta nueva arteria urbana, ha centuplicado el valor de las tierras que cruza, y a su lado se ven los Ranchos, nombre que dan a las soberbias quintas y CHALETS.

Tiene un Jardín Zoológico de varios ejemplares de raros animales; allí conocí la llama sagrada, esbelta y emotiva como una mujer, la que se ve en el escudo de la bandera peruana, junto al árbol de la quina y a la cornucopia. Allí ví también la Alpaca y la Vicuña.

En el templo de Santo Domingo están en el altar los restos de Santa Rosa de Lima. Y en el Santuario de Santa Rosa, está intacta la casa en que nació y vivió la Santa, con todas sus reliquias y recuerdos; libros en que leía; su crucifijo, su Niño Dios, obras de su mano, y una carta autógrafa, dando las gracias al donante de una limosna para los pobres.

La Universidad de San Marcos, es uno de los orgullos de Lima. Es la decana de todas las de América. Más antigua que el Colegio del Rosario, con las galerías de retratos y aspecto universitario de éste. La visité con Monsignor Carrasquilla, a quien, como Rector del Rosario, el ilustre Rector de San Marcos, doctor Manzanilla, hizo sentar bajo los solios de las diversas Facultades. El edificio es espléndido, de una manzana entera. Me parecieron admirables el Salón rectoral, la Sala de Letras, el Salón de Gimnasia, que tiene lo más moderno de los Estados Unidos; y el aula de Medicina legal, con instrumentos de antropometría obsequiados por el doctor Mariano Ignacio Prado, Decano de la Facultad de Jurisprudencia, y hermano de Javier Prado y Ugarteche, que tiene un busto en la Universidad, por haber sido uno de los grandes valores intelectuales y morales del Perú. También son notables el Museo Incaico y el Salón de Historia Natural de la Universidad. Al despedirnos, el Rector Manzanilla, ilustre orador del Perú, y hombre en quien se descu-

bren el maestro y el surco del estudio y la cultura ordenada, metódica y constante, nos dijo:

—Señores: agradezco a ustedes mucho esta visita, porque prefiero para ilustrarme, en primer lugar, a los hombres notables; en segundo lugar, a los hombres notables, y en último lugar, a los libros.

Este rasgo me mostró al hombre. En la visita habían estado también Valencia y Alvarez Durán.

El mejor teatro es el Forero. El alumbrado es magnífico. El servicio de agua espléndido. La higiene estupenda. El agua potable, insipida, parece clorada.

Lo mejor de Lima, la cultura de su pueblo y de sus hombres notables. Lo perdurable en su recuerdo, la seductora elegancia de sus damas: son un jardín de rosas del ensueño; talla mediana, divinamente vestidas y enojadas; suaves y sencillas, como las flores, perfuman los salones y los truecan en palacios de hadas; incansables en el baile y de un porte de tonalidades de alta corte.

Lima es una ciudad de ensueño y de placer. No llueve nunca. Y sus ricas mansiones, hechas para un enervante diluye el alma del viajero en espirales de humo de añejo, en espirales de humo de añoranza y de ilusión. Nido encantador, pero peligroso, por la alta presión y por la humedad y bruscos cambios, para hallar en la sonoridad de los placeres, la tos aristocrática de las Margaritas languidecenas. Lugar de olvido de las penas; puerto de esperanzas fugitivas...

Lima es una pipa de opio humeante, inacabable y exquisita sobre el diván de un palacio oriental.

III

EL TE DEUM

Fue el 9 de diciembre a las 10 y media de la mañana; a la hora y en el día precisos en que cien años antes se había librado la batalla de Ayacucho. Era el día del cente-

nario propiamente dicho. Confieso que fue la solemnidad que más me impresionó de cuantas vieron mis ojos en aquella serie inenarrable de festivales y ceremonias, tan santuosos y tan bellos. Ese espectáculo no se ve sino una vez en toda una vida, el que lo vea. Jamás volveré a contemplar nada semejante en las grandezas humanas.

El TE DEUM se cantó en la soberbia Catedral de Lima, que además de su propia magnificencia, ostentaba aquel día toda la pompa y el esplendor del fastuoso centenario. Multitud de lámparas de luz eléctrica, de ricas porcelanas como asombradas, de penumbrosa opacidad, pendían de las bóvedas de calados de cedro y de las estriadas columnas marmóreas, que lucían, con el juego de luces, los plintos en la base y los regios capiteles en la cima.

A todo lo largo de la nave central, estaba la doble fila de los Embajadores y Ministros Residentes, de todo el mundo; de Europa y América, del Lejano Oriente, hasta de Siam. Regimiento uniformados, con sus vestidos bordados de oro y plata y con el pecho siderado por las estrellas de infinidad de condecoraciones, entre las cuales lucía en miniatura el color de las banderas de su patria. Ocupaban ellos el primer lugar. En el segundo, que era la fila que seguía hacia atrás, estaba el personal de las Embajadas. A la de Colombia le señalaron un magnífico puesto, en todo el frente del púlpito. De modo que nosotros no perdimos una palabra al orador sagrado, estando el templo colmado por la multitud. Hacia atrás seguían los altos funcionarios, civiles, militares y eclesiásticos, según su categoría, con tal orden y precisión, que hallamos, al ocuparlos, nuestros asientos señalados con nuestros nombres.

El cuerpo protocolario del Perú, es algo admirable. La entrada y la salida del numeroso personal de las Embajadas, se hacía sin tropiezo alguno, en todas partes, con la más

perfecta atención y guardando el orden y el rasgo correspondientes, con una destreza y desparpajo increíbles. Se ve allí la costumbre de recibir y de pagar visitas internacionales.

En el centro de la nave, estaba el Presidente Leguía con su Ministerio, en una especie de plataforma o trono, que miraba al altar mayor, en donde estaba el Arzobispo de Lima, con el Capitulo Metropolitano. De allí bajaban los oficiantes a hacerle los honores a Leguía, pasando por entre la doble fila de Embajadores.

Una orquesta y un cuerpo de cantores de cien músicos, traídos de Roma para ese acto, y colocados en un coro lateral, atrás del púlpito, cantó el TE DEUM magnífico. Entre los bajos, barítonos y tenores, se oían delgadas y suaves voces de niños, que cantaban tan dulcemente, que el espíritu ascendía al cielo en una arrobación mística.

Al final, esa gran orquesta italiana ejecutó el HIMNO DE AYACUCHO, himno contemporáneo de la batalla, encontrado en un archivo y guardado hoy en el Museo Boliviano de La Magdalena. Fue compuesto por un músico militar del Ejército, entre las dianas de la gran victoria suramericana, en el Perú, como la MARSELLERA fue hecha en Estrasburgo, en 1792, por una divina inspiración de la Libertad universal que nació en Francia, por el oficial de Ingenieros Rouget de Lisle.

El himno es un canto marcial, que evoca la carga decisiva de Córdoba, y la voz de los clarines que anunciaron la victoria al veterano y valiente Jerónimo Valdés, que hizo en Ayacucho la última resistencia en el ala derecha de la línea realista.

Pronunció la oración sagrada, el señor Farfán, Obispo del Cuzco. Leyó su sermón discretamente en el púlpito, con soltura y entusiasmo patriótico. Una pieza ponderada y pulida, que tuvo momentos de eloquencia. De ella se me grabaron

dos frases. Refiriéndose a Bolívar, dijo: "El hombre vale lo que vale su credo". Y al describir el instante en que la carga de Córdoba, coronó la altura y la victoria, tuvo esta exclamación de un bello naturalismo, que dio el contraste estético en el sagrado recinto: "El cerro del Cundurcunca, o Cuello del Condor, debió sentir en aquel momento el dolor de los partos".

Las puertas del templo, con excepción de una lateral, se cerraron durante la ceremonia, para evitar el ruido de los vehículos de la calle, y para tomar bien las vistas fotográficas con la luz de magnesio. Los fotógrafos son unos tiranos de la moderna civilización. En dondequiera aparecen, y es preciso darles lugar para que enfoquen y disparen a la imagen, que esperan el diario y la revista.

Serían las doce del día cuando terminó la festividad. La salida fue de lo más imponente del TE DEUM. Por la puerta mayor y hacia las gradas del atrio, parecía que salía un río majestuoso de grandeza humana. Era el desfile de todas las naciones cultas, sintetizadas en un conjunto de hombres representativos del valer nacional de cada país. Blancos penachos, dorados cordones, estrellas y bandas; espadas, variedad de cascos y sombreros de uniforme diplomático. La Embajada del Papa

guardia noble del Vaticano, con los cascos romanos. Recuerdo que ya en la calle volví a mirar ese espectáculo emocionante, y vi que descendían todavía del atrio todos esos personajes formando el desfile solemne de la Catedral al Palacio de Pizarro, por el ángulo de la Plaza de Armas.

Los fotógrafos filmaban desde diversos sitios la maravillosa cinta, que yo llamara "la cinta del Centenario de Ayacucho". Allí quedó retratada la Embajada de Colombia, al lado de todas las del mundo conocido.

Todo el señorío de Lima, damas y caballeros, miraban desde las ven

-tanos y balcones, verdaderamente colmados. Ya en la esquina del Palacio, lanzaron manos femeninas desde un balcón una crisantema blanca a Monseñor Carrasquilla; éste la recogió con cultura y la obsequió luego en el Palacio a una hija de Leguía.

La tropa, de parada, abría calle de honor al gran desfile, que se movía vistoso y elegante, llenando las calles al centro, de la Catedral al Palacio. La multitud, respetuosa y callada, observaba apiñada a uno y otro lado. Los oficiales de caballería del Ejército peruano, inclinaban al paso del séquito los brillantes sables frente a los Presidentes y las banderas, que batían sus paños de seda, ondulados por el viento. La caballería peruana es admirable. Los oficiales, apuestos y veteranos, de gran parada, como los infantes y los artilleros. Y los caballos son enormes, redondos y brillantes, muy bien tenidos y manejados. Son todos ejemplares de selección, y marchan en grupos separados, cada grapo de un mismo color.

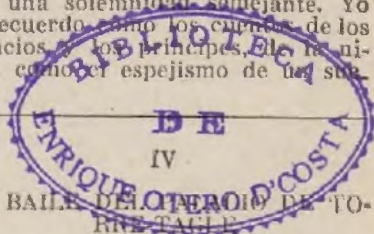
Toda aquella selectísima concurrencia internacional, desfiló por el soberbio salón de recepciones del Palacio de Pizarro, para cumplimentar al Presidente Leguía y sus Ministros, dándoles la mano y saludándolos: y de allí se disgregó, en lujosos carros automovilarios, a sus respectivos domicilios.

En el elegante automóvil de la Legación de Colombia regresamos Monseñor Carrasquilla, el Ministro Doctor Fabio Lozano, Valencia y yo. Y en todo el trayecto del Palacio de Pizarro al Hotel Bolívar, que era la mansión del personal de la Embajada de Colombia, fue entusiásticamente aplaudido nuestro paso, por el pueblo y por la juventud limeña, congregados en las aceras. "Viva Colombia";—"Viva la Embajada colombiana"; declan en alta voz al pasar de nuestro carro, y hasta vivaban singularmente a varios miembros de la Embajada por sus nombres.

No hay, por tanto, tal animadversión de la nación peruana a Colombia. Ella, si existió, es hoy una leyenda. El pueblo del Perú ama y admira a Colombia. Esa clase de manifestaciones, tan cordiales, no son la cortesía oficial a los huéspedes de honor, porque ellas no emanaron en las fiestas centenarias solememente de Gobierno gentil con las Embajadas, sino del corazón del pueblo y de la juventud. Y así fue el día de nuestro arribo en el Callao, y en otras ocasiones.

Justo es reconocer que esta confraternidad peruano-colombiana, es debida especialmente, a la gran labor de atracción y simpatía de nuestro Ministro Lozano, y a la política americanista y colombiana del eminente Presidente Leguía.

EL TE DEUM del 9 de diciembre en la Catedral de Lima, del propio día del centenario de la batalla, fue algo fantástico y enorme; de los dominios de la epopeya. Algo para la pluma de Macaulay, que describió la ENTRADA DE COLON A BARCELONA, después de descubrir un mundo. No volverán mis ojos a ver una solemnidad semejante. Yo lo recuerdo como los cuentos de los palacios de los príncipes. De la niñez, como el espejismo de un sueño!



EL BAILE DEL CENENARIO DE TORRETALE

Puede decirse que durante la temporada de las fiestas del Centenario, hubo todas las noches un baile del gobierno del Perú y de la alta sociedad limeña para las Embajadas. A su vez, éstas fueron correspondiendo, una a una, aquellas selectas manifestaciones sociales. Piénsese, por este dato, en la cantidad y calidad de bailes que hubo en Lima en aquellos días. El Alcalde de Lima, don Pedro José Rada y Gamio; las Embajadas del Ecuador, Bolivia y Estados Unidos, ofrecieron sus sendos bailes en los ba-

llos salones del Club Tennis de la Exposición; las de Colombia y la Argentina, en los elegantes salones de Cristal del Restaurante del Parque Zoológico; la de Venezuela, en el Gran Hotel Bolívar; y los socios del Club de la Unión y el Nacional, en sus respectivos edificios. Salones inmensos, con un servicio completo de comedores y de ricos menajes de alta recepción.

El té ofrecido por doña Miguellina Acosta Cárdenas, Presidenta de la Federación Universitaria Femenina, en honor de la Segunda Conferencia Panamericana de Mujeres, se sirvió en los magníficos Salones del PALAIS CONCERT, situado en el Girón de la Unión. Es un lujoso café, delicioso para correr la SOIREE; de un servicio admirable. En las tardes está siempre colmada por la juventud elegante de Lima. Es su director y propietario, el joven colombiano, hijo de Boyacá, señor Enrique Valenzuela, generoso y gentil caballero, que hace muchos años emigró a Lima y ha hecho allí una próspera carrera comercial. Atiende afectuosamente a los colombianos; ha dispuesto que la orquesta austriaca que toca en su café, ejecute los aires colombianos. Allí oí, emocionado, la "Morenita", de Emilio Murillo, y varios pasillos de Morales Pino.

Todos los téés eran bailables. Colombia, el día de su fiesta, que fue el 21 de diciembre, ocupó toda la noche. Dió en las primeras horas de la SOIREE, un gran banquete, de 500 cubiertos; y en seguida un espléndido baile, hasta el amanecer, de 1.000 invitados. En este baile entregó nuestro Embajador, doctor Uribe, la condecoración de la Cruz de Boyacá, al Presidente Leguía, cruzándose los cordiales discursos que publicó la prensa de Colombia y del Perú, en el mismo tono de confraternidad internacional, de los que se cruzaron en el Palacio de Pizarro en la noche en que fue recibida oficialmente por Leguía, la Embajada de Colombia.

El personal de ésta, recibí y atendió la concurrencia, inclusive las cultas y atrayentes damas colom-

nianas que a él estaban anexas: las distinguidísimas esposa e hijas del doctor Fabio Lozano, y las encantadoras esposas de los Representantes doctores Arrázola y Uribe Cualla, todas regiamente trajeadas.

La fiesta resultó culta y selecta, como pocas. La oí ponderar mucho a la sociedad de Lima y en ella se ocupó con honor la prensa del Perú. El doctor Lozano contribuyó mucho a su lucimiento: "Mundial" publicó las vistas de este recibo colombiano.

Pero los bailes que rememoro singularmente, son los de los Palacios de Torre-Tagle y de Pizarro. El primero fue el 12 de diciembre, fecha para mí inolvidable, porque fue el día que me tocó hablar ante la estatua de San Martín. Lo ofreció el Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Alberto Salomón. Asistieron 3.000 personas.

El Palacio de Torre-Tagle es una de las joyas de la ciudad de Lima. Sus cielos todos, son de talla medioeval de cedro, y lo mismo las barandas de los corredores y escaleras. Sus patios, como los zócalos, son de mosaico, de los azulejos arabes. En sus espaciosos salones, están las galerías de retratos de la vieja nobleza de los Marqueses de Torre-Tagle, para mi conocida por el estudio que me impuso mi libro "Colombia Libertadora", hasta el último Marqués, que después de sus grandezas y debilidades, fue a morir tristemente en el Callao. También están los retratos de otros grandes de la historia peruana.

A mi entrada, ya sonaban las diversas orquestas en todos los salones. Al golpe de luz del patio principal, vi al Ministro Salomón y a su séquito protocolario, que recibían en la grada de la derecha. A la izquierda, estaba, en el muro, como una esfinge, la cabeza, tallada en madera, del dragón, con la boca descomunal mordiendo la fuerte argolla de hierro, de donde se colgaba la romana para pesar el oro que daba el Perú al Rey de España y a la nobleza peruana.

En un momento estuve confundido entre "el girar de desnudas es-

galdas". Y de repente, en el salón principal, me encontré con el General Pershing. Bailaba juvenilmente el JAZZ, virtuoso aire musical, parecido al RAG, pero más lento. Era su pareja una guapa morena cubana, Emma, así sin apellido. ¿Para qué? Hija del Senador que mandó Cuba. Un sol del trópico. Un aire púsculo encendido en la mirada entre las sombras nocturnales del cabello negro. Al distinguirme Pershing, suspendió cortesmente el baile, y de brazo con la dama, me cumplimentó cordialmente por mi discurso ante San Martín, pronunciado en la tarde anterior, y me presentó la bella cubana, su pareja, para la cual, sin duda, se escribieron la letra y la música de la canción aquella:

"Oh, Cuba, la isla risueña y hermosa
 Del ardiente sol,
 Bajo tu cielo azul
 Adorable trigueña,
 De todas las flores
 La reina eres tú,
 Dulce es la caña,
 Pero más lo es tu voz,
 Que la amargura
 de las del corazón....."

Y que creéis, lector, que no se la dije a ella, en ese momento? Pues claro que se la recité con todas sus letras. ¿Para qué se había escrito entonces? ¿Para cuándo la dejaba?

El ilustre Mariscal, cuya singular atención me marcó un recuerdo imborrable, se sonrió levemente. Ella le tradujo en magnífico inglés la canción colombiana. Y Pershing dijo lacónicamente: "THAT'S ALL RIGHT". Nos despedimos y volví a confundirme en el fantástico baile. Al día siguiente, me escribió Pershing la honrosa carta de felicitación, que conoce el público, y que aparece en otro lugar de estas crónicas. Por detalles posteriores de esa misma y de posteriores fiestas, comprendí que la cubanita del episodio era algo más que una pare-

ja de baile para el bizarro Mariscal que decidió la guerra mundial.

Yo la vi desaparecer en el "torbellino de tules y gasas", pensando en la estrofa de Nervo:

"Pero tuve miedo de amar con locura,
 De abrir mis heridas que suelen sangrar,
 Y a pesar de toda mi sed de ternura,
 Cerrando los ojos la dejé pasar".

Los grandes generales y caudillos, aman singularmente el "eterno femenino", en el cual gustan plantar su vivac. Bolívar era gran bailarín y florido galán. Dice el poeta caraqueño, Andrés Mata, que en Bolívar, en los bailes, "se confundían, en estrecha alianza, Aquiles y Don Juan".

Esa noche memorable recibí muchas felicitaciones, por la oración a San Martín; entre otras, las de los oficiales americanos, varias de los cuales fueron oídas por mi colega del Congreso y personal amigo, Dr. Pedro Juan Navarro, que iba con sus alegres años de juventud a los bailes limeños, como la abeja va al jardín.

Aquella noche oí por primera vez la QUENA peruana, instrumento musical de una melancólica dulzura indiscifrable, en que parece que el alma incaica llora la desaparición de su soberbio imperio, y que reclama al Destino las danzas torurás que padecieron sus monarcas y su raza desposeída y esclavizada. La QUENA es una flauta de caña de las montañas del alto Perú, y ella será materia de una crónica especial.

Los bailes de moda son lentos, poseídos de una calma evocadora, de deleitable fruición. Son bailes sin fatiga y plenos de secreta emotividad. Los principales números, eran el "Paso doble", el "Camel incaico", el "Fox-trot", el "Paso doble flamenco", el "Tango", el "One step", el "Shimmy", y el "Jazz". Ca si todos aires nacionales, en los cuales canta el alma racial del Perú.

Los detalles que restan, los dare en la descripción del baile del Palacio de Pizarro, que fue el NON PLUS ULTRA de los bailes limeños del Centenario.

Entrada la madrugada, me separé de aquel paraíso, que ardía todavía en luz, música y alegría. Dejé el Palacio de la vieja nobleza de los marqueses de Torre-Tagla, donde se hallan también recuerdos de Riva-Agüero y Monteagudo; de la grandeza muerta de los Osuna, Pardo, Seminario piurapos y Piérola, con cuyo apellido se nombra la Calle de la Colmena, que parte del Gran Hotel Bolívar—Plaza de San Martín—de donde arranca el tranvía eléctrico que lleva al puerto del Callao.

Esa noche dormí sintiendo, yo no sé dónde, pero muy cerca de mí, la evocación del verso de Silva:

“Una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas”.

V

EL BAILE DEL PALACIO DE PIZARRO

Así como el TE DEUM fue la más grandiosa de las solemnidades oficiales del Centenario, el baile del Palacio de Pizarro fue la más bella de las fiestas sociales. Se verificó el 16 de diciembre, a partir de las once y media de la noche.

El Palacio de Pizarro es la misma suntuosa mansión que levantó para sus dominios de conquistador, el famoso don Francisco. Naturalmente remozada y modernizada hoy, para ponerla acorde con el siglo. Ocupa una manzana entera, y es la residencia oficial del Presidente del Perú, q' despacha y recibe, pero no duerme allí, sino en su elegante casa particular, porque Leguía es singularmente hombre muy rico. Da este palacio su frente principal a la Plaza de Armas, la

más notable de Lima. Por él entran y salen las recepciones de carruajes, y los vehículos llegan hasta el propio pasillo donde reciben los oficiales de la guardia de honor, atravesando dos patios de amplia área. La primera guardia está en la portada de la plaza. Por el flanco derecho es la entrada para las recepciones de a pie. Ambas entradas convergen al vestíbulo, que encabeza el pasillo que conduce

al gran salón de recepciones oficiales. Es éste una espaciosa sala rectangular, cubierta en techos sucesivos por tapetes enormes, enterrizos, hechos en el Perú.

En su parte superior, levantada del nivel general, se sitúa el Presidente para recibir, con la banda nacional cruzada en el pecho, de bastón y condecoraciones. Siempre de riguroso frac, que se exige a los visitantes: como a los Embajadores y Ministros, se exige el uniforme para llegar allí. En su lado izquierdo están las entradas para la residencia particular del Presidente, y los muros lucen jaspes de brillantes y finos esmaltes.

En la cabecera del Salón, está la vieja silla de estilo español, asiento que fue de don Francisco de Pizarro. Allí se sienta el Presidente del Perú. En ese sitio de histórica opulencia, fue recibida oficialmente la Embajada de Colombia, el 8 de diciembre. Conservo una vista fotográfica muy clara de ese acto.

En aquel gran salón y los adyacentes, fue el baile estupendo del 16 de diciembre, con el cual se cerraron propiamente las fiestas sociales de Lima para sus huéspedes de honor.

A las once y media de la noche, apareció Leguía con su Ministerio y rodeado de altos personajes. Acababa d'levantarse del banquete ofrecido esa noche a los Embajadores, allí mismo en el Palacio. Ya la concurrencia, atendida cortesmente por todos los miembros del protocolo, danzaba alegremente.

De pronto, Leguía y su Ministerio encabezaron un desfile hacia el extremo inferior de la sala. Se abrió una puerta amplia y por ella

entaron el Presidente y el gran desfile de parejas, a un nuevo y espléndido salón, de casi una cuadra de largo, con que Leguía quiso sorprender esa noche a sus invitados. Centenares de lámparas de porcelana, artísticas flores luminosas, pendientes de albos y caprichosos ramilletes esculturales, inundaron de luz incandecente aquel fastuoso recinto, que era nada menos que el salón reconstruido íntegramente por Leguía, para el baile del Centenario, después del incendio que pocos meses antes destruyó el que allí existía. Ese incendio es atribuido en Lima, por algunos a los enemigos políticos de Leguía, pertenecientes a viejas oligarquías vendidas.

Al frente, está un gran cuadro al fresco, que representa la entrada triunfal de Bolívar a Lima, al lado de Sucre y de Córdoba, luciendo las banderas bicolors del Perú y la Argentina y la tricolor de Colombia. También está allí la efígie de San Martín. El fresco ocupa todo el muro frontal del Salón. A los lados, están la alegoría del pueblo peruano complacido viendo y aplaudiendo a sus Libertadores, y la de la destronada nobleza colonial, con un gesto egoísta de pesaroso e inconforme rechazo a las banderas y a los héroes de la naciente República.

Los flancos del salón, están íntegramente pintados al fresco en cuadros de motivos peruanos: el imperio incaico, la conquista y la república. De Manco-Capac a Atahualpa. De Pizarro a Torre-Talca y Rivera Agüero. De Bolívar y Sucre, a Leguía. Allí aparecen la historia, las costumbres, los hechos más notables del alma nacional del Perú, al través de todas sus edades. Véase, p. g., el cuadro de la mujer semi-embozada, cubierta toda, y sólo descubriendo un ojo, en plena calle, costumbre limeña, que en su época no pudo destruir ningún gobierno. El salón fue decorado por un pintor español.

Delante al cuadro de la victoria, se situaron Leguía y su Ministerio a recibir el cumplimiento de los in-

vitados. Tres mil personas desfilaron por su frente, dándole la mano. Y él de pies, sin dar una señal de fastidio, ni de fatiga, con permanente sonrisa, y diciendo alguna frase cordial a las personas de mayor distinción, y alguna galantería a las damas. Es ésta una ceremonia imperial con que Leguía suele iniciar los bailes de ese rango. Después de ella, la concurrencia se dispersó por todas partes a gozar de las fruiciones del soberbio baile y de la fiesta.

Al lado de este gran salón del extremo sorpresivo estaba el amplio patio-jardín, llamado de la HIGUERA DE PIZARRO, porque la varias veces centenaria higuera que allí abre su ramaje nudoso y su grueso follaje evocador, dice la tradición que la sembró el heroico conquistador del Perú.

Ese patio-jardín, era esa noche lo más bello del Palacio. La higuera histórica y todas las matas y las flores, estaban literalmente dibujadas con luz eléctrica, por medio de millares de bombillas adheridas a las plantas artísticamente del propio color de las hojas, de las ramas y de los matices de las flores. Aquello era verdaderamente un prodigio, un encanto, un consorcio de armonías luminosas, de la naturaleza y el arte, que borraba las sombras de la noche; que daba voz al silencio nocturnal; que fundía en ondas de luz y de matices el alma del baile arrobador; era en la tierra una orquestación de colores, de esas que se oyen, como la muda música celeste.

Por las avenidas de aquel jardín encantado, paseaban en idilios las parejas; brillaban los diamantes; lucían las perlas en los collares; se abrían y cerraban como alas de garza, los abanicos de marfil; brillaban los anillos y brazaletes; crujía la seda, flotaba el hábito de los perfumes; todo el cielo descubierta de la tibia noche de diciembre primaveral en Lima.

En una de las ventanas que daban a aquel jardín, me detuve unos

minutos a contemplar absorto ese espectáculo.

—Miremos esto, le dije a mi gentil pareja, mientras la voz de las orquestas poblaba el aire de harmonías; este jardín me hace pensar en los de la Thebaida, donde danzó Thais.

Y así, igualmente iluminados, estaban los cuatro frentes del Palacio; el parque íntegro, con sus árboles y palmeras, también con bombillas diminutas del color de sus hojas y flores; la Catedral; el Palacio Arzobispal; los edificios del Senado y del Congreso; y las colosales estatuas ecuestres de Bolívar y San Martín. La Lima señorial de la colonia, y la actual Lima del siglo XX, estaban con sus perfiles, aristas, capiteles, jardines, monumentos y torres, dibujados, calcados en luz de colores.

¿Qué más bello se puede ver?

El baile era de tan rigurosa etiqueta que reflexiono estopara dar idea.

Al entrar al Palacio, entraba a la vez conmigo un invitado para mi desconocido, y el oficial de guardia y de recibimiento lo echó a la espalda, y se sucedió este diálogo, que oí absorto:

—Soy invitado; aquí tiene usted mi tarjeta.

—Sí, señor; pero este baile es de riguroso frac.

—Tengo frac, señor.

—No, señor. Al frac lo acompaña la corbata blanca, y la suya no es blanca.

Y el buen señor se devolvió a cambiar su corbata blanca, de delgadas alistas negras....

Ya veremos en otra crónica el rigor de este protocolo oficial del Perú.

Varias damas fueron vestidas, como las Condesas de la Edad Media, con lujosos y artísticos semi-disfraces, como las antiguas faldas con crinolina o miriñaque. Y unos desdotes, Dios del Cielo, que con ellos, como dijo el poeta, "irradiaban todas ELLAS, como astros".

¡Oh, la noche del 16 de diciembre! ¡Oh, el baile oriental del Palacio de Pizarro, con que el Presidente Leguía despidió socialmente

las Embajadas que solemnizaron el Centenario de Ayacucho en Lima! ¡Oh, rico y gentil Perú; si los hachones de viento y las antorchas de la antigüedad, pudieron alguna vez reemplazar los juegos luminosos de la electricidad y de la porcelana, indudablemente así como se vió en ese baile el viejo Palacio de tu conquistador, don Francisco de Pizarro, debieron ser los jardines colgantes de Nabucodonosor!

VI

EL MUSEO BOLIVIANO

Magdalena Vieja es un barrio de Lima, antiguo, como lo dice su nombre, ribereño del mar y unido a la ciudad por tranvía eléctrico y por carretera automoviliaria, como todos los balnearios.

Allí está el Museo Boliviano, en la propia casa donde vivieron Bolívar y San Martín. Es de reciente fundación, pero ya muy rico en objetos históricos. Se debe a la iniciativa de Leguía, que expropió la casa, de propiedad particular, para convertirla en Museo Nacional. El Ministro de Colombia, doctor Lozano, contribuyó a la destinación boliviana de aquel sitio precioso.

El Director del Museo es el ilustrado y culto caballero, doctor Jorge M. Corbacho, que atiende a los turistas gentilmente a los visitantes.

El 16 de diciembre se inauguraron solemnemente las salas de Bolívar y del Protector San Martín.

Hondamente se conmueve el espíritu en aquellos viejos salones, solidificados y hermoeados hoy por el Gobierno del Perú.

El edificio se ha ampliado hacia el fondo con grandes patios, corredores y nuevas salas, con una arquitectura y diseños semejantes al tramo antiguo, claramente evocador de su época de glorias y epopeya.

Allí están el tratado original de Sucre y Canterac, firmado el propio día de la batalla de Ayacucho,

el 9 de diciembre. De puño y letra de Sucre, hasta con las enmendaturas. Debe recordarse que el Virrey Laserna no firmó ese tratado trascendental, que decidió la suerte de la América del Sur, cumpliéndose la profecía de Sucre, que así lo prometió arengando a sus soldados al iniciarse la batalla, porque el Virrey cayó prisionero antes de terminar ésta, y fue conducido a la Capilla de Quinna, que aún existe, y que Sucre convirtió en hospital de sangre en aquel día memorable.

La carta original de Bolívar a su maestro, al insigne caraqueño don Simón Rodríguez, con la lacónica y genial respuesta, de letra de éste, en el propio pliego de la de Bolívar. "De monumento a monumento". Porque esa carta, es la mejor de Bolívar. Es de la época en que don Simón regresó de Europa a América y halló el niño que educó en Caracas, convertido en el libertador y fundador de cinco naciones, quien no sólo le reconoció entonces cariñosamente, sino que lo envió a implantar en Caracas el sistema educacionista de Lancaster.

Bolívar le dice a su maestro que "a él se lo debe todo", y don Simón le contesta que recibe esa carta por el honor que ella le hace a Bolívar.

Don Simón murió en Amotape, cerca a Paita, y sus restos llegaron a Lima con nosotros, para inhumarlos en el Panteón de los Próceres, con los honores de los Presidentes del Perú. En ese acto pronunció Monseñor Carrasquilla su hermosa oración fúnebre, a exigencia de Leguía. Y en el vapor "Mantaro", la Embajada de Colombia les tributó a los restos honores especiales, una noche, haciéndoles tocar los himnos de las naciones bolivianas. Les pronunció un discurso el doctor Uribe y por indicación mía se leyó la carta aquella, ante los pasajeros. La leyó Valencia admirablemente.

En el Museo están el catre de campaña de Sucre, y más de 600 autógrafos de éste; la cama que ocupó Bolívar allí y su juego de te; su

baúl-correo, de correspondencia, marcado; la hamaca, que conservaba y entregó doña Manuela Sáenz. Es de pita, de hilos retorcidos, aún intactos. La tradición dice que dormía en ella bajo la gran higuera centenaria que aún está en uno de los patios, en cuya reconstrucción dispuso Leguía desviar la línea del edificio, para no destruirla. Sus ramajes verdes entran hasta el corredor, como buscando el sueño del héroe que asombraron hace un siglo. Aquella delicadeza indica el aprecio de Leguía por Bolívar, cuyo culto ha hecho renacer en el Perú. De esa higuera, que semeja un árbol de brevo, más grande, traje una hoja, como sagrado recuerdo.

Se conservan los escritorios en que despacharon en sus épocas Bolívar y San Martín, y un tocador de éste, con espejo. El candelabro en su sitio mural, donde la bujía antigua alumbraba la alcoba de Bolívar. La fina manta incaica de campaña, del Cuzco, que le obsesquiaron las damas del Perú. Y un salón entero con todos los retratos al óleo que se conocen de Bolívar, hasta hoy; infinidad de sus proclamas originales, y otras de San Martín.

En un salón interior, está en un cuadro de plata maciza, como de dos metros, la famosa oración al Incahuamanca, Cura de Pucará, bien llamado "el oráculo de Pucará", íntegra, escrita en letras grandes de oro macizo, así como ella lo merecía. Parece por su opulencia este cuadro, el presente de algún monarca incaico a su Libertador. En el estudio para mi libro "Colombia Libertadora", logré hallar la fecha precisa en que se pronunció esa oración de los siglos, por un itinerario de O'Leary, que marca la llegada de Bolívar a Pucará, el 17 de junio de 1825. Sin duda aquel día fue, en su marcha triunfal, hacia el Cuzco. Recuerdas lector, cómo empieza? "Quiso Dios formar d'salvajes un Imperio, y creó a Manco-Capac, Pecó su raza, y lanzó a Pizarro. Después de tres si

glos de expiación, tuvo piedad de la América, y os na enviado a Vos. Sois, pues, el hombre de un desig nio providencial," etc., etc.

Está también la espada que llevó Sucre en Pichincha, sin el pomo. Sin lugar a duda, porque tiene su nombre grabado a lo largo de la hoja, que fulguró como un rayo en las faldas del histórico volcán.

Todo en vitrinas, estantes y sopor tes para el mejor ornato y conserva ción.

La Embajada de Venezuela exhibió en el Panteón de los Próceres la espada de oro y piedras preciosas, con que el Perú obsequió a Bolívar, después de Ayacucho; y el famoso estandarte de Pizarro, que Sucre envió como trofeo al Congre so de Colombia, en 1825. el que, según el docto historiador Posada, estuvo en la toma de Granada; el mismo que fue propiedad del Mu seo de Bogotá. ¿Cómo, cuándo y por qué desapareció de allí?

En la Galería lateral, dedicada a otros próceres de la campaña liber tadora del Perú, como La Mar, Suárez, Necochea, etc., vi un gran retrato de Bolívar, en el muro fron tal; de marco dorado. Por su as pecto secular y la figura de liber tador y héroe invict ode Bolívar y otros signos, reconoci el retrato que el Congreso de Lima, reunido en febrero de 1825, mandó hacer del héroe colombiano, para colo carlo en todos los salones de los Consejos Municipales del Perú, cuando, entre otras distinciones, dispuso erigirle estatua en Lima, darle de por vida los honras de Presidente del Perú, y darle carta de naturaleza a todos los soldados colombianos de su ejército, etc. Y así lo expresé al joven historiador Sub-Director del Museo, que me acompañaba. La fortuna premió mi recuerdo, porque en un borroso rin cón del cuadro, hallamos: "Municipa lidad de Lima: 1825".

El Museo Boliviano de Magdale na Vieja, conmueve el alma más vulgar. Cuánta huella admirable de la gran epopeya del Sur. Allí dió Bolívar sus Decretos de Guerra. Allí vivió, amó, gozó, pensó y vió el

cenit, sin una nube, del cielo de su gloria. Allí estuvo él, el Único, así con mayúscula, en el pináculo de su grandeza, que alcanzó con la libertad del Perú y de Bolivia, que realizó su sueño genial, y selló la Independencia de Sur América. Fueron los años de 1824 a 1826.

En esa playa marítima de Lima, vió el ápice soberbio de su altura. En otra playa, la de San Pedro Ale jandrino, en Santa Marta, vió la tristeza final de los Héroes. Como si sólo el mar pudiera medirlo vencedor o vencido.

Bolívar, en aquella casa de Mag dalena Vieja, en el Perú, en los años de 1824 a 1826, vió brillar a su lado, con luz de su luz propia, completo todo el sistema solar que creó su Genio, como ve el sol los astros que rige su sistema; oyó las carcajadas de sus locas heroínas, como voces de cristal; recibió los besamanos del mundo asombrado; vió batir a su paso las banderas. En Colombia, en San Pedro Alejan drino, en 1830, según el poeta.

"Clavó la vista en el confin arcano,
Vió por última vez el océano.
Y rompió a sollozar".

VII

EL MUSEO INCAICO

(La Sala Secreta)

Es también de reciente funda ción, y se inauguró oficialmente en los días del Centenario. Fue forma do por el filántropo archimillona rio, señor Víctor Larco Herrera, que en 1910 empezó a comprar objetos incaicos desenterrados de las necrópolis y ciudades sepulta das indígenas, y los cedió al Gobier no del Perú, que le dió algunos bie nes en cambio, en 1924. Larco He rrrera es el dueño de los más valio sos ingenios de azúcar de canadi zales del Perú, en la costa de la Provincia de Trujillo. Su joven y gallardo hijo, don Víctor C. Larco

Herera, nos atendió gentilmente en el Museo que fue de su padre, y hasta nos facilitó su automóvil particular para ir a visitarlo. Larco Herrera gastó un caudal y 14 años formando ese tesoro, que ha empezado a dar luz definitiva sobre la sepultada historia de los incas.

El Museo Incaico o arqueológico, está en los alrededores de Lima, en un magnífico edificio moderno, cuya arquitectura imita los estilos incaicos. Puertas y ventanas cuadrangulares; columnas y pilares antropomorfos y zoomorfos, con dibujos de figuras sagradas, como los obeliscos egipcios y las piedras religiosas de los chibchas.

El Director del Museo es el doctor Horacio H. Urteaga, sabio arqueólogo peruano, que nos dió explicaciones profundas a la vista de aquella maravillosa antigüedad.

La colección consta de 20.000 ejemplares, divididos en secciones de épocas, pueblos, clases e importancia. Es como un libro inmenso, que cuenta en el idioma mudo de la figura, toda la historia milenaria de naciones desaparecidas, de que va sólo hablan las cosas superpuestas de la tierra. Sus páginas, son la cerámica, la alfarería, el metal, los tejidos y las maderas.

Allí están la religión, las costumbres, las virtudes, vicios, industrias, artes, agricultura, conocimientos múltiples, las armas, la justicia, los rudimentos de nociones internacionales. En una palabra, toda la actividad, la vida de aquellos pueblos remotos, que en esos monumentos escribieron y enterraron la historia que nos habla hoy.

Las principales figuras son los cántaros o huacos, multiformes, combinación de la alfarería con el arte pictórico; los bellos y ricos tejidos de lana y algodón; las armas; las embarcaciones, en que corrían el país por la costa; las monedas descubiertas y conservadas en la envoltura singular de las tumbas; las cabezas-trofeo y el cetro símbolo del mando, y la metalurgia. Las huellas idiomáticas, son también de sumo interés. Y lo que asombra, hasta el espanto, es la SALA SE-

CRETA del Museo.

Los cántaros son los más variados y narradores. Lisos, unos, los de uso doméstico; y labrados otros, los de figuras rituales, que sólo se destinaban a los sepulcros, nunca al menaje hogareño. Por ésto, los huacos-retratos o cántaros símbolos, sólo se hallan en los cementerios, nunca en las ciudades. Eran sagrados. Porque su arte expresivo, nació del culto a los muertos, que se divinizaban entre los incas; como el arte escultural y pictórico de los egipcios, que se revela en las pirámides, en los obeliscos y en la esfinge, nació de la creencia de la inmortalidad ultraterrena, que es creencia egipcia, admírate lector.

Los ajuares, menajes, alimentos, hallados en la tumba recientemente abierta de Tu-Tankh-Amen, cerca de Luxor, se encuentran también en los sarcófagos de los incas. Y lo mismo creen los japoneses. El arqueólogo japonés, Hirata Atzutani, en su obra "Koshiden" (1811), dice que, según las creencias japonesas, "los espíritus de los padres siguen existiendo en el mundo invisible, convertidos en dioses".

Y lo propio aseguran Urteaga, Mazelière y Naudeau, según el profundo estudio de Francisco A. Loyza, que publica la revista arqueológica peruana.

Y es más. La palabra incaica HUAKA, que entre nosotros se escribe HUACA, "es el sepulcro de los antiguos indígenas" y en el idioma japonés, la voz HAKA, es sepulcro o tumba.

Agreguemos a esto, que ZAQUE, rey entre los chibchas, significa SENOR FEUDAL en japonés, para concluir con el sabio Loyza, que el que niegue la uniformidad de prácticas y fórmulas japonesas y peruanas, y en general, las orientales, con las de los americanos aborígenes, "tiene ojos, y no ve".

En esos cántaros-retratos, se ve al médico haciéndole los tactos a la mujer próxima al alumbramiento; la operación misma de obstetricia, mostrando al lado medicinas y utensilios, en donde probablemente

estaría el rudimento del forceps.

Embarcaciones formadas de peces, gaviotas y otros animales marítimos, estilizados.

Mazorcas de maíz, tubérculos de papa, y otros signos agrícolas. Por que el maíz y la papa eran la base del alimento indígena. Al maíz lo llamaban SARA. ¿Vendrá de allí nuestra expresión maíz sarazo? Conocían también la yuca, el frijol, el camote y el mani. A nuestro CHO CLO lo llamaban ellos CHOCLLO. La papa fue de América a Europa, en donde su cultivo se tuvo como un acontecimiento agrícola.

Cultivaban el tabaco, pero descomocían que se fumaba. Lo empleaban en polvo, como el rapé, en las afecciones catarrales.

Los incas sabían trepanar. Los cántaros muestran trepanaciones, y encontramos centenares de cráneos trepanados, sacados de las tumbas. Y momias de cabeza trepanada con pelo; porque el inca castigaba al extranjero invasor abriéndole dos agujeros en la cabeza, uno hacia la corona, y otro delantero, con los cuales la ataban a una cuerda, para exhibirla como escarmento y trofeo. Encontramos cabezas así, peludas aún, hasta con la cuerda nacabra, para demostrar la verdad de los relieves y pinturas de los cántaros y tejidos, en donde aparece el monarca inca con la cabeza en la mano izquierda, y el cetro en la derecha, en figuraciones que deslucan los reyes asirios.

Los tejidos son simplemente bellos. Finísimos. No se les ve revés. Iguales por ambos lados, y con figuras semejantes a las de los huacos de barro cocido. Los más curiosos, son las fajas, hasta de tres metros de longitud, para ceñir la cabeza y el vestido. Terminaban en borlas.

Y para los huacos y tejidos, tenían el secreto de fijar la tintura de todos los colores: encarnado, amarillo, pardo, azul, verde, negro, etc., que no se han desteñido en el transcurso de siglos, ni puestos al aire, ni sepultados en la tierra desnuda.

Unos, como Torres-Luna, asegu-

ran que eran tintas vegetales, desconocidas en Europa y en el actual Perú, según los análisis químicos. Pero Urteaga asegura que el azul lo extraían del mineral llamado BRINSOS; el rojo, del mineral PARIÁ, de donde se extrae el azogue; el amarillo, de la piedra CARRAMUQUI; el verde, del mineral LLACSA, que daba en las piedras un matiz cardenillo; y el bermellón, que lo sacaban del azogue, con el cual pintarrajeaban el rostro a los ídolos, a los guerreros y a los danzantes.

Creo en esta teoría del experto Urteaga, por la fijeza secular de los colores.

Los estilos de los cántaros y tejidos son dos principales: los de los opulentos yungas, del norte; y los de los poderosos nazcas, del sur, marcadamente distintos.

Las figuraciones, eran de dos géneros: las TOTÉMICAS, de TOTEM, o inti, que quiere decir SOL, de la tribu quechua, que representaban divinidades inferiores al Hacedor Supremo, o sea a Viracocha, que etimológicamente significa ESPUMA O BRILLANTES DE LOS MARES. Este es el segundo género.

¿No véis aquí, lector, la teoría pagana del mar, como origen de la vida, de los grandes cosmólogos actuales?

Las figuras, totémicas, eran cabezas humanas; animales temidos o admirados, como el tigrillo, el jaguar, la serpiente, el cóndor, el halcón, la lechuza, el taruca (venado), el mono, el llama, la vicuña, etc.; la majestad impotente de las montañas; y la belleza del Sol y de la luna. El TOTEM, animal que protege o amenaza, venía del INTI, Sol. La creación suprema, venía del mar.

Los cántaros son globales, esferoidales, ovoidales o conoidales; vasos de las mismas figuras y cilíndricos, de menaje y de ceremonia, y platos hondos, extendidos y conoidales. Jarras de estilos semejantes. Todos relievados y teñidos, con vistosas tricomias, como los tejidos.

De los metales, sólo conocían el oro y la plata, que labraban al fuego, para hacer adornos de vestido y vasijas de ceremonia.

En los tejidos había verdaderos encajes de figuraciones humanas y animales estilizados.

Armas: los escudos, la porra, los CHAFALOTES (cuchillos o machetes), de palo; las flechas de punta envenenada, y la honda. Las armas de palo, eran labradas y representaban hazanas y combates.

Entre las plantas, la preferida era la hermosa Chupaya, la reina de las flores de la sierra, por el oro de sus pétalos y la virtud de su obediencia. Sus hojas, son lanceoladas, y la pintan en una fábula con el zorro, ofreciéndole éste sus dientes para espinas, si detiene la piedra que rueda de las montañas.

Los incas tenían cinco preceptos fundamentales: AMA LLULLA (no mentiroso); AMA SUA (no ladrón); AMA CCELLIA (no ocioso); AMA SIPIX (no asesino); y AMA MAPPA o MACCLLA (no pervertido o afeminado). Ese era su "Decálogo", claro que no de diez, como el mosaico, sino de cinco preceptos. Responde a este último precepto, la Sala Secreta del Museo Incaico.

LA SALA SECRETA

Sólo se abre a los hombres. En ella están las representaciones exactas de todos los vicios de la sensualidad humana. Es algo sorprendente. Los indígenas nada ignoraron de lo que hoy sabe París a este respecto. Y más: hay allí degeneraciones que no se ven en París. El incesto; el adulterio; la homosexualidad; el onanismo; la bestialidad, por la cual prohibieron a los pastores jóvenes apacentar rebaños, son los principales. Sólo hay una excepción; no se ha descubierto un huaco de sodomía o pedastria. Pero había vicios solitarios, bisexuales, y otros en que participaba (hoy error) la criatura de pechos.

Yo deduje que tenían la sífilis, por una figura con la nariz y la boca comidas, que tenía en las mejillas imágenes impuras; el rostro triste y suplicante; las manos en

cruz. Y yo leí: EL EXCESO SEXUAL ME TIENE ASI, enfermo y carcomido.

Otra mostraba a la madre excedida, exhibiendo una criatura uena y macilenta, para mostrar que el abuso y el exceso, degeneran la especie. Por lo cual la POLIANDRÍA ha sido tolerada por la policía, pero nunca admitida como ley en ningún pueblo, ni entre los salvajes del Africa central, que nos describe STANLAY.

Los pueblos sensuales y viciosos, degeneran y vienen a ser dominados. Los sobrios, dominan el mundo. Cuando los griegos fueron sobrios, aplicando su sabia fórmula—"nada en exceso"—fueron los señores de la antigüedad clásica y dieron las batallas de Maratón y Las Termópilas. Cuando faltaron a ella, quedaron reducidos a provincia romana.

Pero los incas fueron pueblo sobrio. Esos vicios fueron de los pueblos conquistados por ellos. Por eso el imperio inca fue bello, poderoso, rico y fuerte.

Afrentaban a los sexuales con estas expresiones: ASTAYA HUAY LLAS (apártate allá, afeminado); y LLAMA-HOCCO, (compañero de las Hemas). Y así los extirparon.

El Museo incaico es el libro abierto de la historia de un pueblo. Su Sala Secreta, una profunda revelación. Yo salí de ella, pensando en la síntesis de Guillermo Ferrero, el primer historiador del mundo: "La humanidad es un ejército que le está dando la vuelta a la columna de los siglos". El hombre de hoy, es el mismo de ayer, y de siempre.

VIII

LA QUENA

Los incas, como todos los pueblos indígenas, tenían su banda de música, sus piezas, tonadas y canciones especiales. En el Museo incaico o arqueológico, conocí un magnífico ejemplar de cántaro huaco, que representa un músico, con viva emoción, tocando la shiringa o anta

ra, especie de CASTRERA o CAPA DOR, de barro cocido, con siete tubos. También las había de madera finísima. Tambores y baquetas especiales. Silvatos, de diversas formas, que daban sonidos de dulzaina o chirimia. Pitos: un cornetín semejando una serpiente draconiana, y un caracol, que produce el sonido del bajo profundo de las bancas de instrumentos de viento. Todos de barro cocido y decorado.

La quena es una flauta de caña, de tamaño variado, generalmente de 43 a 44 centímetros de largo, por uno y medio de diámetro. Se fabrica de una caña especial de las montañas del Norte del Perú. Es abierta en ambos extremos. Tiene cinco agujeros delanteros y uno al costado. La embocadura es redonda, y está cortada en forma de bisel de adentro hacia afuera.

Los indígenas agujerean un cántaro de barro, para que la quena resuene adentro, poniéndole como el vientre de una guitarra, y a ese cántaro introducen las manos para tocarla. Llamam a esta instrumentación MANCHAIPUITO, que significa CANTARO A TERROR.

Y ciertamente, son tan tristes los quejidos de la quena así prisionera, que se trucea en la expresión de los sepulcros.

La tradición peruana cuenta así el origen de la quena. Camporreal era un joven peruano, hijo de español y de india y entabló amores con una bella niña, descendiente de los conquistadores. Ciertos sacerdotes españoles, sin duda a exigencia de la familia de la joven peruana, confinaron a lejana tierra a Camporreal, haciéndole creer que su amada se había casado con un noble del Perú. Decepcionado el joven amante, se hizo sacerdote.

Después de algún tiempo, Camporreal regresó a Lima; y un día celebrando la misa en una iglesia de la ciudad, al volver el frente a los fieles, vio a su prometida. Camporreal se quitó los hábitos, abandonó su ministerio, y huyó a la montaña con la joven, que, en verdad, estaba soltera.

Su nombre era MARIA, Y en una

caña perdida en la soledad de la sierra, vivió con su amante horas de inimitable dicha. Pero horas ensombrecidas por el remordimiento.

Una mañana murió María, y Camporreal entoqueció de dolor. En el delirio de la locura, tomó del lecho mortuario el cuerpo inanimado de su amada; lo colocó sobre una piedra agreste, en donde ella solía sentarse para esperarlo, y se dedicó, sin perder un detalle, a mirar la lenta descomposición del cadáver querido.

Durante sus veladas fúnebres y solitarias, en las cuales los astros eran los cirios; las nubes, el incienso; las sombras de la noche, los paños funerarios; el cielo, el templo; y el canto de las aves, las plegarias, compuso el loco un canto, cuyas estrofas eran el curso de la metamorfosis sepulcral de su compañera, que se operaba por la disolución de la carne, que iba describiendo gradualmente los huesos.

Cuando el cadáver estuvo convertido en blanco y descarnado esqueleto, formó con el hueso de la tibia una flauta. Y con ella, en las noches en que la luna ilumina "las sonámbulas praderas", evocaba el alma de María con sonidos tan desgarradores, que los pastores de las cercanías huyeron conmovidos abandonando sus bohíos.

La música y la letra del canto fabuloso del loco Camporreal, se conocen por esto, en el Perú, con el nombre ya dicho de MANCHAIPUITO.

La quena en verdad, da la impresión de una flauta. Pero de una flauta que no canta, sino que llora. Tan triste y melancólica, que ve el alma, oyéndola, al indio bravo, que ella sacó de la sierra al litoral, entre las densas sombras seculares de la historia de la Conquista: pintarrajeado, argollado, plumado y crinado, como el león y como el viento, a gemir, ante la inmensidad del mar Pacífico, la pena ancestral, la tristeza atávica del martirio y de la esclavitud de la raza de los incas.

Aún hoy la quena se fabrica de hueso. En el Museo Arqueológico

Hay una rica colección de quenás de hueso, que recuerda la tibia de María.

Al regreso del Perú, una noche, a bordo del vapor "Ucayali", venían allí muchas gentes de las Provincias del Norte del Perú que volvían de las fiestas centenarias. Todas fueron desembarcando luego en los puertos de escala peruanos: en Casma, Samanco, Pascamayo, Chimbo te, Eten, Salaverri, Pimentel y Paíta. Allí conocí al archimillonario costanero don Ramón Aspillaga, que regresaba a su hacienda, con su aristocrática esposa y sus bellas y cultas hijas. Me dejó su tarjeta. Es enemigo de Leguía, porque es hermano del señor Aspillaga, candidato competidor de aquél a la Presidencia del Perú, en el pasado debate electoral.

Aquella noche, toda esa concurrencia peruana de Provincias, impreviéndose una velada a bordo; y fue una comisión de señoras a decirnos a Monseñor Carrasquilla, a Valencia, a Restrepo y a mí, que querían volver a oírnos hablar. Y fuimos, naturalmente, al salón, y recitamos. Nos tenían una sorpresa musical.

Dos jóvenes piuranos tocaron sendas quenás a dúo, con acompañamiento de piano de una niña de marcada sangre aborigen.

Tocaron, entre otros números, "Cuando el indio llora". Sentí yo al oír esto, lo que debieron sentir los conquistadores cuando oyeron al músico incaico las tristes y dulces notas de la canción del YARA VI.

A solicitud, bailé el bambuco colombiano, con la encantadora limeña, señorita María Luisa Rasetto, que reside en Cali. Y la culta y distinguida dama, limeña también, doña Ernestina Rodewald de Aparicio, tocó en el piano el Himno Nacional de Colombia. Fue una velada cordialísima. Nos aplaudían con frenesí. Y decían los peruanos: "Estas distinciones sólo las hacemos a la Embajada de Colombia". Véase, que no sólo el pueblo de Lima, sino el de Provincias, quiere y admira a Colombia.

Todo esto fue posible al regreso, porque el vapor "Ucayali" no llevaba, como el "Mantaro", 300 novillos, que no huelen a ámbar. Este es ganado colombiano, de la costa Atlántica, que pasa el Canal de Panamá, y que lo compra el Perú. Cuatro viajes en el mes, de 300 novillos, son 1200, que el Perú compra a Colombia mensualmente, con rebaja especial de la Aduana, hecha por Leguía, a solicitud del Ministro Lozano.

El ganado va en corrales, entre el casco del buque. Lo bañan, le dan oportunamente agua y alfalfa seca, y asean el piso. Con todo, mueren algunos. En aquel viaje del "Mantaro", que yo vi, murieron siete.

Ya ves, lector amigo, cómo el Perú tuvo también, a su modo, su MARIÁ, como la colombiana, la de Isaacs, aunque no de la pureza angelical de ésta. Pagana, absolutamente pagana, como el pueblo incaico. ¿No hallamos en ese romance de Camporreal, el imposible que destruyó un idilio? ¿No es el loco joven peruano, mirando los despojos amados de su María en la piedra agreste, como Efraim besando las trenzas de la suya en la casa que blanquea en el alcor de esmeralda del monte de El Paraíso caucano? Cuando dijo: "Algo como la noche fría de un puñal penetró en mi cerebro; faltó a mis ojos luz, y a mi pecho aire. Era la muerte que me hería; Oh, ella cruel e implacable por qué no supo herir?".

Allí tenéis un mismo nombre: MARIÁ: la piedra; el imposible, y la muerte, la intrusa. Los últimos capítulos de la novela "del género eterno", como la llamó Darío.

Traje la música incaica, "Cuando el indio llora" para oírse en las orquestas y pianos colombianos, como traía un perfume oriental, un racimo de uvas moscatel, de España; o una cuerda gemidora de la guitarra portuguesa.

Oyendo la quená en la solemnidad de la noche en el océano, recordé a solas las estrofas aquellas de

Pacho Valencia:
 Encontré un conchito vejijunto,
 Cultivador de hastío,
 Que en su flauta,
 Ensayaba un asunto
 Monótono, sombrío,
 Y tenaz, hasta el punto
 De dar al alma compasión
 . (y frío.....)

IX

RECEPCIONES E INAUGURACIONES

Las recepciones diplomáticas, y en general las oficiales, las hace Leguía en el gran salón de recibo del Palacio de Pizarro, ya descrito en una crónica anterior.

A medida que iban llegando las Embajadas de cada país, se les iba fijando día y hora especiales para recibir las oficialmente. Esto, después de enviar al Callao una comisión selecta para traerlas a Lima en lujosos carros automovilarios del Gobierno.

Sólo para recibir a Pershing y al Presidente de Bolivia, Coronel Bautista Saavedra, fue Leguía en persona, con sus Ministros. Entonces fue acompañado el Presidente del Perú de su piquete de caballería de honor, compuesto de negros y de indios, en unos caballos tan bellos, que recuerdan la caballería chileno-peruana, cuidada un año con alfalfa, que le presentó Cantarac a Bolívar en la llanura memorable de Junín.

Esa guardia va atrás del Presidente y su Ministerio, por entre dos alas de infantería de parada, tocando con cornetines dianas marciales, sonoras y alegres, y con especiales instrumentos de viento para la banda de caballería.

En el Perú apreciaban mucho al Presidente de Bolivia. A donde quiera que llegaba, era recibido con vivas señales de aprecio y de entusiasmo. Hasta en los bailes, en donde siempre lo aplaudían al entrar, y le tocaban el himno de Bolivia. Naturalmente, Bolivia acompañó al Perú en su cruel hora de

amargura: en la guerra del Pacífico con Chile, y salió lesionada de la alianza.

Había preparativos especiales para recibir al Presidente colombiano, General Ospina. Porque en el Perú se creyó que él iría; y produjo esta creencia un sincero entusiasmo oficial y nacional.

A las recepciones, inauguraciones y bailes, se iba siempre de frac. Al pie de la tarjeta aparecía invariablemente esta palabra: "UNIFORME". Eso quería decir, para los Embajadores, Ministros y militares, sus vestidos especiales; y para el personal de las Embajadas el temible frac, que es un tirano de camisas, medias de seda oscura, corbata, guantes y chalecos blancos y zapato bajo de charol. Y esto, que parece un detalle trivial, de todo el mundo conocido, es algo terrible en 20 días seguidos, con sus roches. La mitad de lo que duró el diluvio, estuvimos con el cubilete enarbolado, desde las diez de la mañana hasta el amanecer. Porque en Lima, en las fiestas, el frac es el vestido ordinario. Lo usan de día, costumbre que no conocí ni en Europa, ni en los Estados Unidos, en donde el frac, lo mismo que en Bogotá, es traje de noche.

El tiempo estaba distribuido así: ceremonias oficiales, de las 10 del día a las 5 de la tarde. De las 5 a las 8 p. m., téés bailables. El almuerzo, a las 2 de la tarde. La comida, de las 9 a las 10 de la noche. De las 11 de la noche en adelante, los bailes, hasta el amanecer. En Lima no se duerme de noche, sino de las 6 a las 10 de la mañana. Es una ciudad de placer, con costumbres similares a las de Madrid, en donde la gente vive de noche. Allí comprendí yo el sentido de los originales versos del malogrado poeta Juan C. Ramírez (el Toto):

"El Sol es un idiota. Nunca mis
 ojos
 Vieran al enemigo de los placeres.....
 En tus labios sensuales, rojos y
 ardientes,
 Un enjambre de besos hay escondido....."

Llenad hasta los bordes el regio
[vaso,
Y lucid vuestras formas escultu-
[rales".

El smoking no se usa en Lima pa-
ra nada. No lo saqué siquiera del
baúl. En esto Lima hace lo justo.
Porque el smoking, como su nom-
bre inglés lo indica, no es traje de
ceremonia, como se cree por acá,
sino traje de confianza, "vestido de
fumar". El frac es el fuerte; el saco
levita y el saco corto. Y como en
cada asunto tenía su vestido, había
que cambiarse de traje varias ve-
ces al día, cosa peligrosa en Lima,
por los cambios tan bruscos y
constantes de temperatura, y por
la humedad de esa atmósfera, que
no puede descargarse en lluvia. Es u-
na esponja mojada, que no aprie-
ta nunca la mano de los vientos.

Yo estudié el asunto con calma,
y lo resolví enfilandó los ternos
en los colgarropas, dentro de una
alacena, en la cual entraba y salía
con el vestido que decía la tarjeta,
como los transformistas. Y así re-
solví el problema fatal de hacer el
vestido en cada hora del día.

Las principales solemnidades de
esta clase, fueron: la inauguración
de la estatua ecuestre de Sucre, en
uno de los barrios modernos de
Lima. Buena obra escultural, hecha
por el fundidor peruano, Sr. Loza-
no. Las inauguraciones de las Ave-
nidas Leguía y de Lima al Callao,
pulidas y firmes cintas automovilia-
rias, y la fiesta de la Avenida "28
de julio".

La solemne recepción del Con-
greso peruano, en la cual tuvieron
voz y cupul las comisiones de los
Congresos extranjeros. La que en
vió Colombia estuvo allí, y ese día
fue su orador, Guillermo Valencia.

También hablaron el Embajador
del Brasil; la Embajada del Ecu-
ador; el Senador de Cuba, y los re-
presentantes de Venezuela, Bolivia
y Paraguay. Fue de las festividades
más solemnes.

El homenaje a los periodistas ex-
tranjeros, hecho por las "Socieda-
des Irredentas", en el Portal de Es-
cribanos. Estas sociedades tienen
por objeto proteger a las familias

peruanas que, según se dice en Li-
ma, arrojan periódicamente los chi-
lenos de las Provincias disputadas
de Tacna y Arica, con el fin de que
si el plebiscito de ellas se lleva a
término para decidir la cuestión—
el plebiscito del Tratado de An-
cón—la población del territorio,
sea ya chilena y no peruana. No
prohijo el concepto. Lo anoto ape-
nas como apunte de un viajero, por
que soy extranjero, y no debo inter-
venir en las cuestiones chileno-pe-
ruanas.

La sesión inaugural del Tercer
Congreso Científico Panamericano,
que se verificó en el Teatro Fore-
ro. En ella hablaron los Presiden-
tes de las Delegaciones. Fue acerta-
damente elegido Presidente del Con-
greso, el doctor Alberto Salomón,
Ministro de Relaciones Exteriores
del Perú. Pronunció aquel día un
admirable discurso, en castellano
el Dr. Leo S. Rowe, eminente Pre-
sidente de la Delegación norteamer-
icana.

En el mismo Teatro Forero, la se-
sión inaugural de la Segunda Confe-
rencia Panamericana de Mujeres.

La sesión inaugural de la Prime-
ra Conferencia Panamericana para
la Uniformidad de las Especifica-
ciones. Se verificó en el soberbio
edificio del Colegio de Guadalupe,
que es hoy de la mejor en Lima.
Oí aquel día dos discursos de or-
den comercial, notables en regia.
El del Delegado de Estados Unidos
y el de Cuba. Esa Asamblea Inter-
nacional tiene por objeto el logro
de un sólo idioma y un sólo patrón
de pesas y medidas para las nacio-
nes americanas. Una idea grandio-
sa—UN STANDARD comercial pan-
americano.

La inauguración de las salas de
Bolívar y San Martín, en el Museo
Boliviano de Magdalena Vieja, ya
descritas.

La excursión a la Atarjea, para vi-
sitar las instalaciones del servicio
de agua potable de Lima.

La apertura de la Feria de Mues-
tras Españolas, en el Colegio de
San Agustín.

La entrega del Mensaje de los a-
lumnos del Colegio Nacional "Me-

ja", de Quito, a sus hermanos de este plantel.

La Conferencia, ilustrada con una película cinematográfica, de la República Argentina, sobre su vida y sus riquezas, dada por el Ingeniero F. Pedro Marotta, Delegado del Gobierno argentino y de la Universidad de Buenos Aires.

La corrida de toros, de gala, a la cual, en honor de las Embajadas Extranjeras, invitó el Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Salomón. Fue en la Plaza de Acho, con "el fenómeno", Belmonte y Gitaniño, y con toros españoles Santacoloma. Nos llevaron al palco presidencial. Y al salir al frente de él, el General Pershing fue reconocido por el público y lo ovacionó largamente y estruendosamente. La corrida fue magnífica. Como las mejores que se ven en España. Más de 12.000 espectadores. El circo es enorme. Damas vestidas como las sevillanas, con peinetones, mantelefas y el clásico mantón de Manila.

Le vi a Belmonte una media esta cada marca volapié Mazantini; dos recortes capote al brazo, dos medallas verónicas, un pase abierto, do pecho, y una aguantada de rodillas, que a mi me habrían bastado para ese viaje de 9 días de mar. La emoción del arte es instantánea. No se pesa por arrobas, ni se mide por yardas.

En el circo de Lima hay suerte de varas. No se permite el rejoneo. En la suerte de varas, recordé al clásico Agujetas, que vi en Sevilla. Las entradas valían desde 12 hasta treinta y seis soles.

La colonia italiana obsequió a Lima con un Museo de pintura y escultura, con edificio soberbio.

La colonia española, la obsequió con un bello y grandioso arco de arabescos.

El Presidente Leguía hizo pintar un gran cuadro de Córdoba, tomado en el momento en que se desmonta para dar la carga de Ayacucho en el Cerro de Cundurcuma. Y pagó por él 40.000 soles. La Embaja

da de Colombia lo colocó en la cabecera del salón de su fiesta, para que la presidiera, él, el hijo de Concepción, el héroe que la Nueva Granada dió para la libertad del Perú.

En el homenaje a Bolívar, hablaron nuestro Ministro Lozano; el Obispo Granadillo, venezolano, y Bencourt, Embajador de Cuba.

Ante San Martín, Antonio Caso, gran pensador, Embajador de Méjico; Vaccarezza, jefe de la misión militar de la Argentina; Tulio Cestero, escritor notable, Embajador dominicano; la Embajada de Venezuela, y el suscrito.

Ante Washington, Pershing, Antonio José Restrepo y el Alcalde de Lima, don Pedro José Rada y Gamio.

Ante Sucre, Leguía y el Embajador Arcaya, de Venezuela.

En el acto de la condecoración de la Cruz de Boyacá, que dió Colombia a los oficiales peruanos, habló el doctor Miguel Jiménez López.

En la festividad ante Washington conocí a Arana, ese si enemigo de Colombia. El célebre cauchero de la región amazónica disputada. Es un hombre robusto, ancho de cuerpo, bastante encanecido ya. Se acerca a los 60 años. Le anulaban la credencial de Senador del Perú, pero ha sido reelegido. Estaba de particular. No lo vi nunca de invitado. No es amigo de Leguía. Se comprende por qué. Vive socavando subterráneamente el Tratado de límites con Colombia. Revela su fisonomía lo que es.

Quien ha visto el ceremonial diplomático del Perú y el funcionamiento de su refinado protocolo, conoce el ceremonial de las cortes europeas.

El día en que Pershing mandó la parada del Ejército del Perú, cuando se puso frente al Palco Presidencial, donde estaba Leguía con el personal de las Embajadas, lo vi elegante, marcial, en su brillante caballo negro, presentando la espada que decidió la conflagración del mundo, al Presidente del Perú. Los marinos americanos, también batie

ron allí la orgullosa bandera de las estrellas, junto a las de las naciones suramericanas.

Y pensé: aunque sea en una fiesta, siempre es emocionante ver la bandera y las armas de la Unión Americana, la Nación más poderosa de la tierra, presentadas ante una de las cinco naciones que creó Bolívar.

X

EL GRAN HOTEL BOLIVAR

Fue levantado en pocos meses, para alojar al personal de las Embajadas. De cemento armado íntegramente. Tenía concluidos dos pisos. Ocupa una manzana. Da su frente al frente de la estatua ecuestre de San Martín, en la plaza de este nombre. Los salones de recibimiento, los comedores, salones de baile, son espléndidos. Las habitaciones, magníficas. Constaban éstas de un cuarto privado de recibo, la alcoba y el cuarto de baño, con todo el servicio correspondiente de piezas de mármol.

Cada habitación tenía diez lámparas de luz eléctrica. Unas de porcelana; y las del cuarto de dormir, de una piedra blanca, transparente, ligeramente tiznada en la pantalla, que daba una tenue opacidad que convidaba en las horas del sueño a una laxitud deliciosa. La cama, siempre blanquísima y templada, como la pechera de una camisa de frac. Y el menaje de cama íntegro al último estilo de los modelos de París.

Todo el ajuar de los comedores, loza, cristales, cubiertos y paños, estaba escudado y marcado elegantemente con el nombre del hotel.

Los directores y sirvientes eran alemnenses, suizos e italianos. Mi habitación, que era la número 7, del piso bajo, estaba atendida por Luisa, una milanense, espléndida muchacha, de un servicio habilísimo, que soñaba con venir a Colombia. Pero quién podría y querría pagarle a qui 60 soles mensuales por arre-

glar habitaciones? Hablaba invariablemente en francés, porq' a esas sirvientas las educan para que les hablen a los extranjeros en ese idioma universal. Sólo por complacencia especial lograba que me hablara en su dulce idioma: el italiano.

Las sirvientas del segundo piso, donde estaban Valencia, Restrepo, Alvarez Durán y Jiménez López, y Lugones, Cestero y Caso, eran todas suizas, muchachas cultísimas y hermosas, como las que se ven en las orillas del lago de Lucerna.

El conserje era un alemán, un verdadero políglota. A cada Embajada le hablaba en su idioma.

Naturalmente, allí no pudo alojarse todo el personal de las Embajadas. Por lo cual, muchos Embajadores, como Pershing, el de Colombia, el del Ecuador, el de Venezuela, y otros, fueron alojados en otras regias mansiones de Lima.

En el comedor principal, sólo tenían asiento los Embajadores y el personal de las Embajadas. Era circular, pleno de luz y de blancura. Se llamaba el Comedor de los Embajadores, y el servicio se hacía en mesas diseminadas, de diversas formas y tamaños, para agrupar familias, amigos y países.

Allí comían los Embajadores del Japón, de Siam, del Brasil, de Méjico, de Santo Domingo, del Uruguay, del Paraguay, de la Argentina, de Cuba, de Centro América, y el personal de varias Embajadas, como el de las de Colombia y el Ecuador. También residía allí el eminente doctor Leo S. Rowe, Presidente de la Unión Panamericana.

En la mesa vecina a la mía, tuve la fortuna de que me tocara la del excelso poeta Lugones y su señora, inteligentísima mujer, que colabora en la obra intelectual del poeta y el Embajador Cestero. Cerca estaba el fuerte pensador mejicano don Antonio Caso.

En mi mesa fui distinguido por la compañía de don Cristóbal de Gangotena y Jijón, reputado historiador ecuatoriano, y su señora, doña Rosa Victoria. Ambos de la

aristocracia de Quito. El, emparentado con la Marquesa de Solanda, la esposa de Sucre. Ella, con estadistas ecuatorianos y peruanos. El Sr. Gangotena presentó al Congreso Científico la Iconografía de Sucre, y es autor de varias obras de historia importantes, como la titulada "Al Margen de la Historia". Compartió conmigo la tesis de la participación de la Marquesa en el crimen que suprimió a Sucre; de la inocencia de Obando, y de la culpabilidad de Flórez. Es Académico de la historia en el Ecuador, y un joven de muy bellas prendas personales.

Su esposa, doña Rosita, es simplemente un encanto de mujer. Una dulzura, que le confunde el alma con las flores. Culta y agradable, singularmente. De una suavidad rara, y bello tipo de mujer delgada y fina prerrafaelita. De imborrable recuerdo.

Gustaba en la sobremesa que le recitara versos de poetas colombianos. Le dí a conocer sonetos de Flórez, Londoño, Alvarez Henao, Villafañe, Arciniegas, Seraville, Rivera y Rash Isla, que oía con delicia. Le escribí la primera página de su álbum, y le dejé otra para la hija del doctor Baquerizo.

Cada grupo del personal de las Embajadas, y los Embajadores, tenían su magnífico carro automovilístico, listo a la puerta. Sirvientes en el cuarto y muchachos-correo.

Los alojados en el Bolívar, tenían a su orden todo género de licor, y de rancho. Sólo existían que se firmara una boleta por el botellero, marcada con el número de la habitación, para evitar desórdenes o abusos, muy comunes en esas Empresas. Con mi firma no hallará el encargado de esas atenciones del Perú, una sola boleta que testifique algo distinto de "agua mineral". Y esto, porque me era imposible tomar el agua natural, que tenía un sabor como de cloro.

El Gobierno del Perú atendió regularmente el personal de las Embajadas que asistieron al Centenario de la batalla de Ayacucho. No hubo

atención conducente que no estuviera prevista.

La sociedad limeña y el pueblo del Perú, se esmeraron en agradar a sus huéspedes, y en dejarles gratas impresiones.

El personal del gobierno, entre el cual se destacaban el Presidente Leguía y su joven y eminente Canciller, doctor Salomón, como los grandes amigos de Colombia, De Negri y Elguera, tuvo un capítulo especial de cultas y valiosas atenciones para la Embajada colombiana.

Ojalá algún día Colombia, mi patria, los reciba a ellos como ellos nos recibieron a nosotros.

Es fanto en Lima que el Gobierno del Perú gastó en las fiestas centenarias de Ayacucho, siete millones de soles.

El gran Hotel Bolívar, mansión para reyes y embajadores, fue la casa en donde estuve alojado en Lima durante 20 días de estudio y de sano placer. Lo recuerdo como la rama aquella, harpa de los vientos del canchano, a donde dice Bena, vente que el ave viajera llegó a posarse no instante en el "nido aieno".

XI

FIGURAS DEL CENTENARIO LEGUÍA

Pequeño de cuerpo y grande de alma. Debe acercarse ya a los 60 años. Personalmente, hombre rico y generoso. Atrayente y culto. Está transformando al Perú, y en especial a Lima. De ésta na hecho una ciudad moderna. Está llevando a la costa seca, el reguío de los ríos de las sierras, lo que dará una inmensa riqueza agrícola a su país. Americanista convencido y amigo de Colombia. Desarrolla un gobierno de mano fuerte, pero fecundo en bienes nacionales. August. B. Leguía, reelegido Presidente del Perú, ha hecho la transición de su país, de los restos del sueño colonial y de la rutina perezosa de las repúblicas tropicales, a la realidad

de los programas modernos, políticos y sociales. Es hombre viajado; sabe idiomas y conoce y aplica con destreza el ceremonial de las Cortes de Europa. Es un dinamo de energías.

Leguía es un hombre.

SALOMON

Una de las figuras más simpáticas del caballero y del estadista. Es el Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, y a él le tocó firmar el tratado de límites, Lozano Salomón, entre Colombia y el Perú, en el año de 1922. De talla mediana. Bien parecido y repulido en el vestir. Inteligente y rápidamente comprensivo. Contesta siempre muy bien los discursos protocolarios. En el Congreso de la Unidad de Especificaciones, en el Colegio de Guadalupe, le oí resumir en breves y talentosas frases, todos los discursos de la instalación. Fue el Presidente del Tercer Congreso Científico de Lima. Le soy deudor de singulares distinciones personales, que no olvidaré nunca.

El doctor Alberto Salomón es el Canciller que necesita la nación peruana en su camino actual de americanismo y de grandeza interna e internacional.

PERSHING

Frisa ya en los 55 años. Pero recio y entero. Alto y esguido. Viste con pulcra sencillez. En lugar de las estrellas de las condecoraciones, usa en el pecho, en miniatura, los colores de las banderas de las naciones que lo han condecorado. No se acuerda en las fiestas de su grandeza internacional, ni de la de su patria, los Estados Unidos. Es franco y jovial. Danzante apasionado y galán entre las damas. Tiene la sencillez ejemplar de Washington y de Lincoln. Siempre me pareció una alta figura moral. Pero nunca en tan alto grado, como cuando inclinó gentilmente la espada vencedora en la conflagración de Europa, ante la bandera y el Presidente del Perú, el día que mandó

la parada del ejército peruano.

John J. Pershing fue un honor y un gran valor entre la pompa del Centenario. Habló una vez en su idioma ante la estatua de Washington. Un discurso corto, pensado, intenso. Fue muy aplaudido. Su recuerdo se grabó en mi espíritu con el brillo inconfundible de los hombres de la historia.

ROWE

En la plena madurez de la vida. Ha asistido a casi todas las asambleas internacionales contemporáneas de América. Es el Director de la Unión Panamericana. Habla el castellano como su propio idioma, hasta en público. Da la noción clara del hombre eminente; del espíritu docto. De pocas palabras y de mucha acción. Culto y ameno en su trato. De seriedad aparente. Lleva realizada una gran labor panamericanista. Publicista. Ocupa una altísima posición en la Cancillería de Washington. Leo S. Rowe, hombre sobrio y estudioso, amigo sincero, elevada figura norteamericana, me dejó la impresión de una joya espiritual y de un hombre de relieve y de extensa luz propia.

EL PRESIDENTE DE BOLIVIA

Don Bautista Saavedra, es joven todavía. Apenas se acercará a los 50 años. Tiene el tipo nacional de Bolivia. Muy querido en el Perú. No lo oí hablar en público; y en privado sólo el día que me entregó su tarjeta y me dió su gentil felicitación. Aunque de seriedad habitual, al tratarlo es simpático. Parece el espécimen de los hombres de mando suramericanos, de aquellos que no hablan, sino que obran.

CASO

Es uno de los fuertes pensadores de América. Un par de Vasconcelos. Tiene el tipo característico de la raza de Moctezuma. Habla pensando. Es joven. Tendrá 45 años. Es un verdadero representa-

tivo de Méjico. Orador, escritor y humanista insigne. Un día dijo en la sociedad limeña ENTRE NOUS: "Hace mucho que Méjico viene bañándose en la sangre de sus hijos; y así seguirá hasta que halle la libertad que busca." Don Antonio Caso fue una de las grandes figuras americanas del centenario.

CESTERO

Talio Cestero, eminente publicista y Embajador dominicano.

LA EMBAJADA DE VENEZUELA

Muy distinguida. Presidida por Arcaaya, venían con ella Locusa y Churión, y el Obispo Granadillo. Hizo una lucida actuación. . .

LOS POETAS

Valencia, Lugones, Chocano y Villaspesa. Fueron los ases de la poesía del Centenario. Valencia recitó sus cantos eternos en los teatros y salones de Lima. Además, habló en el Congreso, en la recepción solemne, y en el Teatro Forero, invitado por Chocano. Como siempre, grandioso, genial. Valencia es siempre una figura de honor y de brillo, que se basta a sí misma.

americana, estuvo dedicado a labores de prensa, habló una vez, a su altura, en el Teatro Forero. El inmenso poeta del paisaje y de las evocaciones femeninas inimitables, tiene en su mirada relámpagos de la tempestad de su genio. Guardo su recuerdo con orgullo y deleite.

Chocano recitó su canto de Ayaucacho a Bolívar. "El hombre sol". El poeta de América, el cantor terrenal de la leyenda incaica y la Conquista, el poeta amazónico. Fue muy aplaudido. Tiene su estro en plena cosecha. Siempre inmenso y con la conciencia de su altura. Chocano, el coronado, da siempre la impresión de los genios.

Villaspesa, dió la representación de su drama a Bolívar. Sus versos son los del primer lírico español. Tiene altas tonalidades colombianas. Y está lleno de afecto al héroe y sus naciones. Fue un número de

selección y un himno inspirado al conquistador de la libertad de los Andes.

Alberto Urteta, el sentido autor de "Rumor de almas" y "El dolor pensativo", y José Gálvez, son dos jóvenes representativos de la juventud, en la poesía del Perú.

Clemente Palma, Presidente del Ateneo de Lima, Director de la bella revista ilustrada "Variedades", es una de las más altas mentalidades del Perú. Digno sucesor de su ilustre padre, don Ricardo, creador de las tradiciones de América.

A. Aramburu, Director de "Mundial", la más hermosa revista ilustrada de Lima. Un gran caballero y experto periodista. Tiene una empresa editorial de porvenir; y es sincero amigo de Colombia, como el talentoso y discreto De Negri, y el hábil diplomático, Elguera, colaboradores inteligentes de Leguía, y grandes factores del acercamiento peru-colombiano.

Alberto Guillén, autor de "La linterna de Diógenes", disolvente y primoroso libro de revaluaciones españolas; y de un ensayo sobre la "Democracia criolla". Una de las figuras jóvenes más interesantes del Perú. Su recuerdo perdura en mí con el sello de la admiración y del afecto. Me pareció un escritor de amplio futuro.

MONSEÑOR CARRASQUILLA

Fue especialmente apreciado en el Perú, como en toda la jira de mi viaje. Habló dos veces en el Panteón de los Próceres, y esto le bastó para demostrar en la cátedra de los templos del Perú, que la elocuencia sagrada de Colombia no tiene par en la América. La segunda vez habló comisionado por Leguía para pronunciar la oración fúnebre en la inhumación de los restos de don Simón Rodríguez, caraqueño, maestro de Bolívar. Lo escogió a él estando Manzanillo allí, obispo venezolano. Leguía le mandó al Callao, a su Secretario De Negri, a despedirlo, y le envió con él un rico presente. Un alto empleado del Protocolo

del Perú, me manifestó así, después de oír a Monseñor, que había sido un error del Gobierno no haberlo designado para pronunciar la oración del Centenario en la Catedral de Lima, el día del Inmóvil TE DEUM. Hé ahí una gloria auténtica de Colombia.

LA EMBAJADA DE COLOMBIA

Terminamos estos acápites de motivos peruanos, con el recuerdo amistoso que queremos consagrar. Les a los doctores don Guillermo Rey y don Foción Mariátegui, el primero, Presidente del Senado; y el segundo, Presidente de la Cámara de Representantes. Ambos distinguidos y gentiles hombres, dignos por demás de los altos puestos que ocupan en el Congreso peruano. Atendieron con singular efecto a la Embajada de Colombia en la gran recepción del Congreso. Mariátegui es un joven que representa en la Cámara la fuerza intelectual de la juventud peruana.

De Provincias conoció el doctor Enrique López Albújar, abogado de nota, publicista, autor de dos libros, "De mi casona", y "Cuentos Andinos", sobre historia del Perú. Buenas producciones y muy útiles al viajero. Es natural del Piura.

Antonio José Restrepo lució su genio de pensador y de hablante ante la estatua de Washington.

Miguel Jiménez López, hizo un admirable discurso al entregar a los oficiales peruanos la condecoración de la Cruz de Boyacá, en nombre de Colombia. Brilló su gran talento de pensador y sociólogo.

Y todos los demás: El Senador Alvarez Durán, y los Representantes Arrázola, Uribe Cualla, Navarro y Villa Alvarez. llenaron gallardamente su cometido, así como la misión militar.

Los doctores García Zamudio y Uribe Misas, Delegados del Gobierno de Colombia, por haber alcan-

zado el premio en el concurso dejaron alto el nombre del país en el Congreso Científico de Lima.

El Embajador de Colombia, doctor Antonio José Uribe, el eminente internacionalista, habló en la forma debida, en la recepción oficial de la Embajada, y al ofrecer la fiesta de Colombia al Gobierno del Perú.

Y cierró esta galería con el nombre del doctor Fabio Lozano T., el ilustre Ministro de Colombia en el Perú, que expresó deseo para lo último. Su gran labor en Lima, ha creado el acercamiento del Perú a Colombia. Su obra en el Tratado de límites, es algo admirable. Ocupa la más alta posición social de Lima. Y es especialmente agasado por el Gobierno del Perú. Más que labora, vela filialmente por los intereses de Colombia. Habló con su habitual elocuencia ante la estatua de Boyacá. Fabio Lozano, es un hijo de Ministro; una cultura; un talento; una ilustración que hacen honor a la patria.

Todas las Embajadas, fueron brillantes y notables sus hombres.

XII

LA FIESTA ANTE EL PROTECTOR DON JOSE DE SAN MARTIN

Por haber sido en este festival en el que habló el autor de estas crónicas, y por la gran celebridad del autor, le cede la palabra en ella al excelso poeta Lugones:

CRONICA DE LUGONES

SOBRE EL CENTENARIO DE AYA CUCHO

De la hermosa Revista Ilustrada de Lima, "Variedades", interesante publicación, de que es Director Clemente Palma, número 879, correspondiente al 3 de enero del corriente año, tomamos la siguiente bella

crónica del poeta Lugones. Viene ella al pie de una interesante vista del monumento a San Martín, rodeado por la inmensa multitud en el momento del homenaje. Advertimos que en el Sur llaman IMPROVISACION al discurso que no se lee.

HOMENAJE A SAN MARTIN

El día de San Martín es el primer día de franco verano que en el extraordinario retardo de la estación reina sobre Lima. Reina es la palabra, porque apenas puede concebirse un sol más hermoso y un dorado más ardiente en un cielo más blando y más azul. A las cuatro de la tarde, hora en que empiezan a congregarse las embajadas y tropas en torno a la estatua del Protector, quemando el valiente sol de diciembre, apenas templado por remota brisa marina, que hincha con poética languidez el paño de las banderas.

Poco después de llegar la Embajada argentina al pie del monumento donde se destacan tres magníficas coronas de flores naturales, al medio la de Argentina, toda de Argentina, toda de Azucenas, los clarines anuncian al séquito presidencial que hace la entrada en la plaza epónima, al són marcial de la diana de ordenanza. Cuatro granaderos, con los sables desenvainados, dan la guardia en el pedestal, y la ceremonia muy sencilla, muy militar, muy conmovedora, por lo mismo, empieza con la llegada del Presidente de Bolivia, que con gentileza especial ha resuelto rendir homenaje a nuestro héroe. Vastos celajes cándidos embanderan de argentino color en ese momento el cielo clarísimo, como si lo empavezaran al són de los bronces militares, y la brisa, pronunciándose a su vez, tiende a todo trapo el profuso embanderamiento.

Rinde el homenaje del Perú, con un buen discurso, el Ministro de Guerra, al cual contesta por la Embajada argentina, el General Varezza con bien puestas palabras,

muy aplaudidas. Asociase Venezuela y Colombia, Méjico y Santo Domingo, siendo de justicia destacar la oración del colombiano, Senador Saavedra Galindo, magnífica improvisación que arrebató a la concurrencia. Así como el sobrio y elegante discurso de don Tulio Cestero, Embajador dominicano, quien asocia a los héroes de la Epopeya Inicial el nombre del General Máximo Gómez, Jefe del Ejército libertador de Cuba, aunque también dominicano de nacimiento.

Y en seguida, como la recepción ofrecida por nuestra Embajada a bordo del "Moreno" se ha retrasado considerablemente con los increíbles retardos de un programa sobrecargado, se desobliga del desfile a la concurrencia oficial, y partimos a toda máquina entre el estruendo de las bandas militares, que marcan el paso de la columna de honor en marcha ante el monumento.

Debemos salvar como en un vuelo los quince kilómetros de avenida que nos separan del Callao, si queremos llegar con el sol al puerto en cuyo muelle militar hace los honores y da la dirección una comisión de oficiales del acorazado.

Allá lejos, sobre el esmaltado gris de las aguas de la bahía, destaca la imponente silueta, un poco adelante del "Utah", del mismo tipo, aunque algo más pequeño. Hace una tarde magnífica, toldada de nubes rosas que por el oriente añegan de claro violeta el mar, como la cuba tintorea de una inmensa pieza de seda, mientras hacia el Oeste, el oleaje, oleoso de blandura, mece enormes lentísculas de hermitaño esmalte, dijérase que en colabora una iluminación de gran gala. Más al fondo, bancos de bruma lóbrega cubren las escarpadas islas del con torno con sombría plumazón de torcaz, y arriba, ganando cada vez más el cenit, el celaje se encrespa en verdaderas guirnaldas de rosas.

La fiesta del "Moreno" será de las que harán época para la socie-

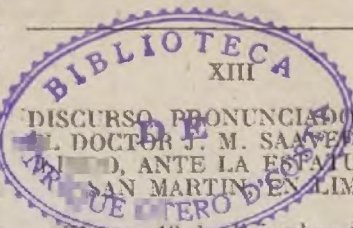
dad limeña, tan autorizada en la materia por su lujo y su distinción. Todo se ha previsto con delicada esplendidez, desde las cintas argentinas sobre las cuales estampa la soberbia nave su nombre en oro para obsequiar a las damas con apropiados brazales, hasta la medalla conmemorativa en plata y oro. Las atenciones de la Oficialidad se multiplican; el "buffet" es verdaderamente magnífico; la doble orquesta de primer orden. Verdad es que la sociedad limeña y las Embajadas corresponden a su vez con verdadera derroche de belleza y de lujo. Es una verdadera cita de la hermosura y de la gentileza americanas, arrebatadas en la alegría de una danza sin fin, bajo el par de inmensas cañones que atraviesan allá arriba la toldilla de popa, mudos, tremendos enormes. Es esa una de las grandes fiestas del Centenario y una de las más armoniosas por lo excelente de su previsora distribución.

Pero hay dos notas que merecen destacarse. El arribo de los Presidentes del Perú y de Bolivia que, saludados por las salvas de reglamento, hacen una entrada realmente triunfal, y la camaradería verdaderamente fraterna de la Oficialidad de los Estados Unidos, entre la cual se destaca por su apostura marcial la arrogante figura del General Pershing, particularmente extremoso en manifestar a nuestros oficiales afectuosa predilección.

Pero lo demás, tanto en el poble congado con profusión en Lima, como en el Callao, la simpatía por los argentinos se pronuncia sin trabas ni disimulo. El día de San Martín ha sido, y a no dudarlo, será uno de los grandes días del Centenario de Ayacucho. Todo ha concurrido para ello, desde el entusiasmo popular hasta este primer magnífico día de sol veraniego que al esconderse tras de las brumas del mar deshojaba todas las cosas de luz de la tarde limeña en la polvareda de oro del desfile marcial y en las aguas serenas de la bahía his

tórica que mecían las falúas en voluptuoso estremecimiento de seda.....

LEOPOLDO LUGONES



DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR J. M. SAAVEDRA GALINDO, ANTE LA ESTATUA DE SAN MARTIN, EN LIMA

Viernes 12 de diciembre de 1924, a las 5 de la tarde.)

El espíritu trascendental de este discurso es el hondo sentido panamericano que el orador desentrañó del ambiente internacional. Sorbió felizmente la dificultad de los antagonismos regionales entre Bolivia y San Martín, y la delicada situación de la presencia de la Embajada norteamericana y del Ministro Residente de Alemania. Diluyó el significado de la fiesta entre todas las naciones presentes en ellas; destacó discretamente la acción de Colombia en la efemérides gloriosa, agradando a la vez al Perú, a la Argentina y a las naciones de la Gran Colombia.

Sin duda a este acierto complejo de puntos de vista, se debieron las felicitaciones que el doctor Saavedra Galindo recibió en Lima, las cartas del General Pershing y del doctor Rowe, el telegrama del Presidente Ospina, que ha recibido aquí, y la nota con que "Mundial", bella revista ilustrada de Lima, reproduce aquella oración, que su autor reconstruyó con el auxilio del taquígrafo de "El Comercio" de Lima. Dice la nota de "Mundial", número 238, diciembre 19 de 1924:

"En la ceremonia realizada ante la estatua del Protector, a la que concurrieron la totalidad de las embajadas que nos visitan, y en las que, como ya lo hemos consignado, se pronunciaron importantes discursos, el doctor Saavedra Galindo, Se

nador de Colombia y delegado al Congreso científico, se produjo en forma tan brillante que, por la gran trascendencia americanista de sus palabras y por lo que significan dentro del actual instante, no vacilamos en reproducir, junto con la carta que el Director de la Unión Panamericana, señor L. S. Rowe, ha dirigido al doctor Saavedra Galindo, felicitándolo, algunos fragmentos los más importantes, de tan notable oración."

"El Comercio", de Lima, número 41.449, de 13 de diciembre de 1924, publicó el texto íntegro del discurso; de él lo tomamos, y es como sigue. Son cuadros de intensidad y rapidez. Cada orador disponía sólo de quince minutos:

"Excelentísimo señor Presidente del Perú; Excelentísimo señor Presidente de Bolivia; Excelentísimos señores Embajadores; Honorables miembros de Academias y Corporaciones científicas; señores miembros de los Parlamentos, señores:

Significado universal de la fiesta

El Perú ha comprendido bien el significado de esta fiesta centenaria de Ayacucho, puesto que no la ha atribuido exclusivamente a ninguna nación, sino a todas las naciones. A las sudamericanas, porque aque-lla batalla selló la independencia y libertad de ellas; y a las demás del orbe porque las batallas decisivas de la libertad son el patrimonio de todos los pueblos libres. He aquí la razón por la cual el Gobierno del Perú ha reunido solemnemente en Lima a los representantes y a las banderas de los pueblos soberanos, de todo el mundo conocido, hermanándolos, en esta solemnidad.

Colombia en la libertad del Perú

Poco le resta por decir a Colombia en esta gloriosa efeméride, por que el Perú, en primer término, por labios de su ilustre Presidente,

el eminente estadista señor Leguía, y luego por boca de sus grandes oradores por la prensa periódica, y por los soberbios monumentos y homenajes que ha ostentado Lima en esta fiesta, se ha adelantado, no digo a realzar, sino a cantar las glorias de la Gran Colombia y de todas las naciones de Sudamérica, ante esta asamblea de Estados, que yo llamara la conjunción planetaria del cielo americano.

Un día llamó el Perú a Colombia, en la aciaga hora suprema que marcó el año de 1823, para compartir con ella la amargura y los peligros de la campaña emancipadora. Y Colombia concurrió a la cita Homérica de la liberación, con sus ejércitos regidos por Bolívar, Sucre y Córdoba y con el auxilio de Santander, Vicepresidente de Colombia la Grande. Ha pasado un siglo, y la nación peruana, cual correspondía a su nobleza e hidalguía, lejos de olvidar a su aliada, la llama hoy para decirle: Ven a mi mesa centenaria que es la misma mesa de nuestros mayores; Colombia, tu hermana te convida.

Hermana: Hace un siglo que juntas vimos desgarrado el pecho de nuestros comunes héroes en los campos de batalla que dieron libertad al Perú. La bandera tricolor que izó Miranda una noche sobre la majestad de las olas del Atlántico, en la legendaria expedición de Nueva York a Coro, fue fogueada al lado del pendón bicolor de San Martín, el de las dos semicoronas; la sangre de colombianos y peruanos corrió fundida en un sólo raudal; corran hoy, asimismo, la alegría y la fraternidad de los dos pueblos, por el mismo cauce por donde antaño hiciera su éxodo el dolor, en el camino, ya centenario, de sus altos destinos.

El sentido panamericanista de la fiesta

La América Austral ha perdido un siglo en esterilizantes disenciones

internacionales o interdomésticas. Mas, hoy comprende que debe recuperar el tiempo precioso que fugaz se le ha ido de las manos, y va a pasos agigantados hacia la confederación panamericana, que ya no es solo espiritual, ni es un simple deseo de estadistas y pensadores: es un ambiente, es un estado de alma, que va en corriente incontenible, en ciega corriente magnética, pasando por encima de todos los egoísmos, uniendo pueblos y voluntades, a realizar el sueño mejor de Bolívar, de San Martín y de todos los libertadores de América; que va a unir a todos los pueblos latinoamericanos en un apretado y luminoso haz de grandeza colectiva. Definamos estas disenciones, y sigamos adelante, porque el Destino no espera a los retardados, sino que se va con los que avanzan primero, como se fue hace un siglo con nuestros libertadores, que por eso fundaron nuestra nacionalidad.

Cesen comprensiva y equitativamente esas disputas de ayer, entendiéndolas en lo que son en verdad: la fijación de las habitaciones parciales, dentro de la común casa paterna, en la cual los hijos de América han malgastado cien años, que pudieron aprovechar levantando el edificio americano hasta las nubes, y ensanchándolo hacia todos los horizontes.

Marchen las veinte naciones hispanoamericanas cantando unidas el himno de las libertades que les dieron sus fundadores y que admira el mundo; el de la fraternidad, que guarda el secreto de la grandeza que hemos perseguido descaminados hasta hoy; y el del progreso común, con el lema aquel del gran estadista argentino, hijo de la nación maravillosa que fundó San Martín, lema que se enarbola a lo lejos con una claridad como de auro ra, llamando al mundo a renovaciones fecundas y saludables, y que se enuncia así: "América para la humanidad".

Eso, realizado, si sería la manera

de comprender, de continuar y de merecer la obra de los libertadores de América.

Los Estados Unidos del Norte

Y vosotros, norteamericanos, que estáis aquí, presididos por el ilustre General Pershing, que jugó un papel tan importante y decisivo en la conflagración más grande que hayan visto los siglos, os digo, reconstruyendo y parafraseando la síntesis del delirio boliviano: nunca más generosos, ni más grandes, como cuando caísteis con la cara al sol, en los campos gloriosos del Marne, no para arrebatarse fragmentos de patria, empresa de despotismo, ni para cobrar en seguida vuestras vidas a miserable precio de oro, que poseéis para derramarlo sobre el mundo, si para rescatar el viejo tesoro de libertades y derechos que, de Sócrates a Jesús; de Grecia a Roma, y de Francia a todo el planeta, ha costado al patrimonio de todas las razas millones de vidas; sacrificios, holocaustos, la misma gesta magna que se inició en los muros sangrientos de Ilión, y tuvo su epílogo en las tierras del Sol, al rumor de los clarines triunfales de Ayacucho!

La génesis que hermana a Colombia y al Perú

Reconstruyamos el momento histórico solemne, de donde parte el drama famoso de la campaña sobre los Andes peruanos. Pensad en el 26 de julio de 1822, cuando sobre las aguas del Guayas entraba maiciferosamente San Martín a Guayaquil, en la goleta "Macedonia", armada en guerra, el héroe del Plata, el héroe Interandino, a visitar al héroe del Avila, al Libertador de América. Cuarenta horas les bastaron para decidir los destinos del Continente Austral de la América, a Bolívar y a San Martín. Se dieron el estrecho y emotivo abrazo de la grandeza, y con él celebraron los desposorios del

heroísmo del sur y del norte. Fue un encuentro de dos planetas, pero no de choque, ni de abismo, sino de luz y de calor creadores. El uno ce dió al otro el campo en el cielo peruano, para que describiera la pa rábola final de la Independencia, y ambos siguieron su rumbo sideral.

No hago la trivial biografía de San Martín. Presento sólo los cua dros, los nombres y las fechas del drama que se desarrolló con la con ferencia de los dos caudillos de la Libertad, en Guayaquil.

Junín

Junín! Campo inmortal, literal mente abrazado por los dos contra fuertes que se desprenden de los nudos más altos de los Andes perua nos, para formar abajo la llanura glorificada. La llanura que hace un siglo vió el arranque formidable y oyó el toque de degüello que an te los centauros desencadenados de Canterac, dieron los Granaderos de la Guardia Colombiana.

Venezuela

Los mismos que habían portado las lanzas del Diamante de Apure, de las Quezucas del Medio, del Pan tano de Vargas y Boyacá, capita neados por Laurencio Silva y Lu cas Carvajal.

Inglaterra

Al lado de la Legión Británica, que comandaban el General Miller y el Mayor Felipe Brown.

Alemania

Al lado del Coronel Carlos Sower by, alemán, hijo de Bremen, solda do de Napoleón, que peleó en Boro dino y vió arder a Moscú, soldado de San Martín en Chacabuco y May pú; soldado de Sucre en Riobamba y en Pichincha; y soldado de Bolí var, hasta morir del lanzazo que re cibió en la tarde memorable de Ju nín.

El Perú, España y Argentina

Al lado de la Legión Peruana, que desde entonces llamó Bolívar "Hú sares de Junín".

Allí estaban Placencia (español), Aguilar, Suárez y Necochea, siete veces herido en el combate.

El combate

Oh, Junín! El SILOGISMO DE LAS LANZAS, el combate de arma blanca, de 45 minutos, que retrata ron los móviles cristales de la lagu na de Reyes, que hoy copian toda vía, y seguirán copiando eterna mente las estrellas del cielo del Pe rú, narradoras románticas de la his toria preínceaica, cual para ofrecer las como condecoraciones al pecho de los Libertadores que en la jorna da de su nombre, dieron la Liber tad al Reino Inca, fuerte y triste, como los Andes.

Ayacucho

Imagináos la mañana del 9 de di ciembre de 1824. Dice un testigo pre sencial de la batalla, que era una mañana que ostentaba un lujo de transparencia y de esplendor, fría y tonificante, que parecía poner alas a los soldados, que acortaban las distancias, que sumergía a la tierra en el azul del firmamento, y que el paisaje era por esto tan bello que hasta la guerra y la muerte perdían allí su horror.

Sucre

Mirad a Sucre, sentando su caba po de guerra en el estrecho campo de Ayacucho, que mide apenas 1.200 varas. Arengando a sus bata llones. Viste sencillo uniforme a azul, de dorada botonadura, sin baa das ni medallas, con la espada al cinto. Es saludado por sus batallo nes que, al mirarlo, echan las ar mas al hombro; él los saluda cortes mente con la diestra, mientras oye

ya la mano izquierda en el pie de lantero de su galápago húngaro, riendo al inquieto corcel, que contrasta con su serenidad británica.

Córdoba

Da a Córdoba la orden de cargar, y el hermoso y joven héroe Granadino, General de 25 años, sin más galas que su jurantud y su espada a quince pasos de su División, da aquella voz de mando: "Armas a discreción, de frente, paso de vencedores". Y ese grito de guerra, único en la historia militar del mundo, desde Alejandro el Grande, hasta Hindenburg, va resonando en cada uno de sus batallones, como el eco del trueno entre las oquedades de la montaña. Según el propio Saiz, esa carga de Córdoba "decidió la batalla".

El bronce para Córdoba

En la confraternidad Colombo-Peruana, que felizmente comienza, algún día tendrá Córdoba el bronce que fije su figura en un risco de los Andes Peruanos.

Bolívar

¿Y Bolívar donde estaba? Aquí en la Semi Mora ciudad de los Virreyes; y cuéntase que cuando recibió el pliego de Sucre, que le participaba el triunfo de Ayacucho, que do como enajenado, con la embriaguez de su genio y de la Gloria. Se quitó el dormán, y lo arrojó al suelo, como despojándose de toda insignia militar y de mando, y diciendo: "¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!" Tuvo que serenarse para explicar a los circunstantes que aquel pliego le avisaba que en Ayacucho se había sellado la Independencia de la América Española, el sueño supremo de la antorcha de su genio.

Con razón que el poeta francés, Luis Ratisbonne, le cantara a Bolívar así, en el idioma de Hugo y de

Moliere: "Haber tenido entre las manos todo lo que produce envidia: títulos, fortuna, honores y haberlo desechado todo. Dar sus bienes, su sangre, su genio y su vida por hacer brillar esta antorcha: la Libertad. Sin que el brazo le hubiera desfallecido, ni decaído nunca el corazón. Haber luchado en más de cien combates. Morir Libertador de una tierra esclavizada. Oh! Esto es grande. Pero hé aquí la suprema grandeza: Cuando Bolívar hubo libertado la América Española; cuando vino a ser el ídolo de los pueblos fundados por él, el nuevo Washington tuvo miedo de ser César; su gloria amenazaba la libertad de las repúblicas; y partió, desterrándose a sí mismo. Destierro único. Y fue la única vez que se vió huir a Bolívar".

San Martín

Y San Martín lo enmarcó en el cuadro maestro trazado por un granadino para pintar al más bravo Centauro de la Gran Colombia. Mirad a San Martín, en este bronce ecuestre; en él lo saludo con la corona de laurel que por mis manos le deja hoy mi Patria, con estas palabras:

"El será quien, montado en un fogoso corcel, ondeando al viento su penacho de Húsar, y blandiendo su temible acero, abrirá la marcha de los fantásticos guerreros de la Pampa y de los Andes, en nuestras luchas por la libertad. Los soldados contarán sus proezas de noche, al rededor del fuego del vivac, y durante las marchas, creerán distinguir, entre las sombras del crepúsculo, en el inmenso horizonte de las pampas argentinas y los Andes peruanos, su enorme perfil de León; contarán también sus amores con la Victoria, que le fue siempre fiel, y que semejante a las damas de los antiguos Paladines, galopaba con él a las ancas de su caballo de batalla."

Síntesis

Como lo véis, Bolívar, El Héroe, huyó de su grandeza; San Martín, El Justo, huyó de la ambición.

Boyacá, Pichincha, Junín y Ayacucho, y antes Chacabuco y Maypu, síntesis suprema, fechas de oro de la América. Bolívar, San Martín, O'Higgins Sucre: hé aquí las cuatro estrellas para formar la Cruz del Sur, con que el Hemisferio Austral de la América ofrendando su suelo generoso, libre y fecundo, ofrece la redención política a todas las naciones de la tierra.

XIV

COMUNICACIONES EXTRANJERAS Y NACIONALES

Unión Panamericana

Director General.—Lima, 13 de diciembre de 1924.

Excelentísimo señor doctor J. Manuel Saavedra Galindo.—Ciudad.

Muy distinguido amigo:

No quiero dejar pasar la oportunidad de felicitar a usted muy calurosamente por su admirable discurso de ayer. Sus elocuentes palabras dejaron una honda impresión en el auditorio, y he oído por todas partes los comentarios más entusiastas.

Con este motivo, soy de usted afectísimo amigo y muy atento seguro servidor,

L. S. Rowe.

Misión diplomática especial de los Estados Unidos en el Centenario de la Batalla de Ayacucho

Miraflores (Lima), diciembre 17 de 1924.

Señor Senador de Colombia, doctor José M. Saavedra Galindo. Lima.—Hotel Bolívar.

Estimado señor Senador:

El señor doctor Rowe ha tenido la bondad de enviarme la traducción de la parte del discurso pronunciado por usted con ocasión del homenaje a San Martín, sección en la cual se refirió usted a los Estados Unidos. En tal acto oí sus palabras con placer, y me es grato tener una copia de ellas.

Con la seguridad de mi aprecio por su gentileza contenida en la traducción que se me ha enviado, soy de usted muy sinceramente,

JOHN J. PERSHING.

Bogotá, 15 de enero de 1925.

José Manuel Saavedra Galindo.
CALI.

Aunque tardías, debido a circunstancias fuera de mi dominio, vayan en estas líneas mi cordial bienvenida y mis felicitaciones por el cumplimiento, que es honra para Colombia, con que usted representó a la Patria en los festejos del Centenario de Ayacucho.

Amigo,

PEDRO NEL OSPINA

Embajada de los Estados Unidos de América.—Lima, 21 de enero de 1925.

Distinguido señor:

El doctor Leo S. Rowe, Director de la Unión Panamericana, me ha proporcionado el muy elocuente extracto de su discurso, pronunciado ante la estatua de San Martín, en Lima, el día 12 de diciembre de 1924. También es mi deseo expresar a usted mi gratitud por las tan generosas referencias que usted hizo a los Estados Unidos.

Tuve el gusto de escuchar todo su discurso, y quedé muy conmovido con su elocuencia y fuerza.

Fue motivo de verdadero placer haberlo conocido cuando estuvo aquí, y espero que el viaje a su hogar haya estado acompañado de mucho goce.

Lo saluda cordialmente su obsequiente servidor,

M LICCEDT
Excelentísimo señor doctor J. M. Saavedra Galindo.— Cali— Vía Buenaventura.— República de Colombia.

(Esta carta vino así en idioma castellano.)

Bogotá, 3 de febrero de 1925.

Señor doctor don José M Saavedra Galindo.—Cali.

Mi querido amigo:

Al acabar de leer tu discurso pronunciado en Lima, me apresuro a enviarte un abrazo de... ¿felicitación? no; porque, por mía, poco vale, ya que las has merecido de personas de mérito y de brillo, sino de agradecimiento, por la emoción intensa con que me has sacudido con la lectura de tu discurso, en el que cada período forma un cuadro maestro, y su conjunto una galería heroica de triunfos y de gloria.

Aunque corto de ingenio, había previsto bien el papel lucido que harías en Lima, al lado de nues tras glorias, Carrasquilla, Valencia, Jiménez, Restrepo y demás.

Un abrazo de tu invariable amigo,

JUAN N. CORPAS,
(Ministro de Instrucción y Salubridad Públicas.)

Bogotá, febrero 1º de 1925.

Señor doctor don José M. Saavedra Galindo—Cali.

Mi querido amigo:

Aunque quizás la última, no por ello habrá de ser menos sincera mi felicitación por tu brillante triunfo conseguido en Lima, tan digno de tí, tan hermoso para Colombia, y que añade un gajo de laurel más a los muchos que tienes ya en conquista dos como orador eminente.

En la revista "Mundial", que tuvo el cuidado de enviarme Fabio Lozano, tuve oportunidad de ver un fragmento de tu admirable discurso, y ahora he tenido el gusto de leerlo íntegramente.

Te saluda con el cariño acostumbrado, tu sincero amigo y admirador,

ALEJANDRO GALVIS GALVIS,
(Senador y periodista)

Bogotá, 20 de enero de 1925

Dr. Saavedra Galindo—Cali.

Felicítolo por la brillante manera como supo representar al país en el Centenario.

Amigo,

JORGE VELEZ, Ministro de Relaciones Exteriores.

Roma, enero 10. de 1925

Señor doctor don José Manuel Saavedra Galindo.—Cali.

Querido amigo:

Margarita, sabedora de mi cariño por tí, tuvo la feliz idea de enviarme en su última carta un recortito de "El Tiempo", de Bogotá, en que tan justamente se te felicita por haber alcanzado el triunfo en el concurso abierto para premiar el mejor estudio sobre la batalla de Ayacucho. Al regresar de Atenas, encontré en esta ciudad la carta retardada.

Sabes de sobra, amigo mío, que tus triunfos han sido siempre los míos; por lo cual está demás decirte que la nueva me regocijó como si algo de ese éxito me perteneciera a mí; y pensé que un año que empieza para tí con tal laurelio tiene que terminar con arcos floridos de felicidad. Ese es el augurio que te hago en este día, desde esta ciudad lobuna, muy cerca del sitio en que fue quemado vivo Giordano Bruno, que es el mismo

también en que rodó ensangrentada, la divina cabeza de Beatrice Cenci.

Te abrazo, y al estilo griego, te beso en ambas mejillas.

C. HISPANO

Legación de Colombia.—Privado
—Berná, febrero 9 de 1925.

Señor doctor don José M. Saavedra Galindo.—Calí.

Mi recordado amigo:

Quiero enviarle por medio de ésta mi felicitación, muy calurosa y sincera, por los triunfos brillantes que ha obtenido usted, primero con el premio de su trabajo en Bogotá, y luego con su actuación tan lucida en la ciudad de los Reyes.

He leído en varios diarios americanos que dijo usted un discurso que produjo intensa y muy favorable impresión, y que le mereció muchos parabienes. Crea usted que el mío, no por ser el último, quizás, es el menos expresivo, como que conoce usted de antaño mis simpatías y estimación por usted.

Estoy seguro, y mi espíritu patriótico se regocija por ello, de que el grupo sobresaliente de representantes de nuestra intelectualidad y cultura que fue a Lima, no fue superado en calidad por el de ningún otro País.

Dieron ustedes brillo a la Patria en ocasión tan solemne, y todos los colombianos les debemos gratitud.

Cuando publique usted su trabajo y sus discursos en Lima, hágame el favor de enviarme un ejemplar, el cual será vivamente agradecido por este su amigo, que bien lo quiere y lo recuerda siempre.

Tuluá, enero 24 de 1925.

Señor doctor José M. Saavedra Galindo—Calí.

Mi estimado amigo:

Si demorado estuve para darle mi saludo por telégrafo, más lo he sido para escribirle. Todas las razones puedo tener, menos la falta de deseo de cumplir lo que es para mí, tratándose de usted, no sólo un simple deber de cortesía, sino un anhelo de mi alma, ligada a la suya por los lazos de una no interrumpida amistad.

Y es hoy, cuando me le dirijo, libre ya en parte de mis males de salud más recientes y bajo la impresión gratísima de su oración ante el monumento del General San Martín, la que acabo de leer y que resulta para mí superior a todas las ponderaciones que de ella había oído.

También es que habló usted desde una tribuna, como más allá no volverá a ocuparla, y ello, junto con el auditorio que en ese solemne instante de su vida tuvo—un poco como el mundo entero—había de inspirarle a usted las frases más hondamente sentidas y más sonoramente dichas. De esa inspiración se dejó usted llevar a una cumbre que bien puede decirse la del cerro que presidió la heroica batalla.

Para que sea y parezca más natural mi elogio, le hago el reparo de la división del discurso en acápites titulados. Me imagino que esto lo ha hecho para facilitar la lectura, dándole orden, pero que no pronunció usted esos títulos, buenos para que se graben en la memoria los puntos todos de un trabajo como el de "Colombia Libertadora", pero inadecuados en aquella ocasión sublime y única.

Mucho me complacen—por no tenerle envidia sino afecto—los conceptos del doctor Rowe y del General Pershing. Esos sí que son títulos para que en ellos hayan de

FRANCISCO JOSE URRUTIA

recrearse sus hijos. Lo que no es
tá ahí, ni podría, es el elogio es-
pontáneo e ingenuo del Embajador
del Japón, del que dió cuenta el ca-
ble. Un nipón que le dice a un
latino: "Usted es un profesor de la
tribuna", tiene tanto de gracioso có-
mo de conmovedor. Quizá es por
ello por lo que más lo felicito. Se
conquistó usted en un momento un
alma oriental, impenetrable para
otros.

De usted amigo afectísimo,

TOMAS URIBE URIBE

Bogotá, febrero 12 de 1925.

Señor doctor don José M. Saavedra Galindo—Cali.

Mi querido amigo:

Me he reservado hasta hoy la ob-
ligación de darle mis sinceros agra-
decimientos por el placer inten-
sísimo que me ocasionó con la lec-
tura de su insuperable discurso
pronunciado en Lima.

Mi felicitación? Usted sabe cómo
gozo con sus triunfos y cómo me
ufano de ser su amigo por todos
ellos y por todas las cualidades
que a usted adornan.

La elocuencia y meollo de su
oración, tenían que producir una
honda emoción en los que la oye-
ron. Me explico, por tanto, de so-
bra las mil congratulaciones que
usted recibió por ella.

Su amigo afectísimo,

JORGE BEJARANO

Puerto Asis, enero 10 de 1925.

Señor doctor don José M. Saavedra Galindo—Cali.

Muy honorable y distinguido ami-
go:

Desde el último rincón del Putu-
mayo, le envío mil felicitaciones,
por la abnegación y patriotismo
con que ha sabido afrontar las
más terribles luchas, en defensa
de los intereses generales del país
en el Senado, y por la brillante re-
presentación en el Perú, en donde
con la más pequeña asignación,
fue enviado, y alcanzó los más
grandes honores, que son el orgu-
llo de nuestra querida Patria.

Soy de usted muy agradecido ad-
mirador y amigo,

ERNESTO ROSERO B.

FRAGMENTO DE UNA DE LAS
CARTAS DEL VIAJE A LIMA DE
MONSEÑOR CARRASQUILLA

No creo que el patriotismo y la
amistad me ofusquen al decirle que
los colombianos han hecho en este
centenario un lucidísimo papel. Lo
zano habló al pie de la estatua de
Bolívar; Saavedra Galindo, ante el
monumento de San Martín; Restre-
po, en presencia de la efigie de
Washington; Jiménez López, al con-
ferir con solemnidad la Cruz de
Boyacá a los militares peruanos,
condecorados por el Gobierno col-
ombiano; Valencia, en el recinto
del Congreso, donde se concedió
asiento y voz a los parlamentarios
de las naciones latinoamericanas;
nuestro Embajador Uribe en la fies-
ta dada por él al Presidente, y de
la cual le hablaré luego. Todos
fueron admirados y con grande en-
tusiasmo aplaudidos. Valencia es
de los pocos que llevan en las sie-
nes juntamente los lauros de ex-
cimo poeta y de orador egregio, y se
be evitar los lugares comunes de
que muy pocos alcanzan a librar-
se. Para mí han sido motivo de in-
tenso regocijo los homenajes tribu-
tados a Saavedra Galindo. El Gene-
ral Pershing y Mr. Rowe, Presiden-

te de la Unión Panamericana, le escribieron sendas cartas de felicitación; la República Argentina le concedió una condecoración; los representantes oficiales de Colombia ante el Congreso Científico lo eligieron su Presidente. Usted, que es caballero y sacerdote, sabe el goce que producen los triunfos de un amigo del alma. Estoy cierto de que los trabajos científicos de los doctores Uribe Misas y García Zamudio, serán altamente estimados. Los militares colombianos han producido magnífica impresión.

En la próxima carta le hablaré de otras cosas que he visto y que acaso le interesen. Entre tanto, cuente usted con el afecto de su servidor y amigo,

R. M. CARRASQUILLA

Guayaquil, enero 26 de 1925.

Señor doctor don José M. Saavedra Galindo.—Cali.

Mi distinguido doctor, compatriota y amigo:

A las admirables impresiones que de usted tengo, he de agregar las que usted dejó aquí en Guayaquil a su paso para Lima. Permítame que le exprese con vivo entusiasmo los buenos recuerdos que usted supo dejar en esta ciudad, principalmente en el diario "El Telégrafo", en donde colaboro con honra para mi, y en donde se aprecia a usted por sus altas dotes de patriota, de parlamentario y de pensador.

Siempre hacemos de usted muy caros recuerdos; y es motivo que me llena de orgullo, porque como colombiano, me colma de íntima satisfacción el oír elogiar a cualquier compatriota de talento, y más a uno de tan altos méritos como usted.

De allí que sus triunfos en Lima hayan sido tan justamente esperados. De allí que su actuación haya sido tan brillante. Y yo, el último de sus compatriotas, lo felicito de todo corazón.

.....
CARLOS A. CAICEDO R.

